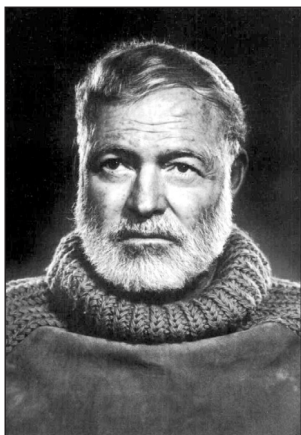


San Fermingway
Otras historias de Ernest Hemingway



Edorta Jiménez

San Fermingway

Otras historias
de Ernest Hemingway

 Txalaparta

Título: San Fermingway. Otras historias
de Ernest Hemingway

Título original: Hemingway eta euskaldunak zerbitzu
sekretuetan.

Autor: Edorta Jiménez

Portada y diseño colección: Esteban Montorio

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
Apdo. 78
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfno. 948 703934
Fax 948 704072

txalaparta@txalaparta.com

<http://www.txalaparta.com>

Primera edición original

Susa, Zarautz, 2003

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, junio de 2005

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

© Edorta Jiménez

Diseño gráfico

Nabarrera gestión editorial

Impresión

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.

84-8136-319-7

Depósito legal

NA-1491-05



*A todos los vascos del mundo, hombres y mujeres,
especialmente a los de Cuba y Nevada.*

A Cecilia Arrozarena.

I

Fermingway

En 1963, dos años después del suicidio de Ernest Hemingway, aparecía publicado un libro titulado *Los sanfermines*. A primera vista, y más allá de las pretensiones de obra absoluta y definitiva sobre el tema que su título pudiera sugerir, iba a ser uno más a añadir a la lista de los publicados sobre esos días de julio que siguen conmoviendo a una parte del mundo. Aunque no debería serlo, como veremos.

El libro venía dividido en un texto introductorio, firmado por Rafael García Serrano, y una colección de fotografías en blanco y negro acompañadas de comentarios a pie de página. Todo ello cargado de tópicos, todos viejos. Menos uno, nuevo, que acababa de nacer y pronto iba a consolidarse. Y es que García Serrano lanzaba un mensaje, me atreveré a decir que histórico, que marcaba un antes y un después, si no en la apreciación del valor de *Los sanfermines*, que no es el caso, sí en la apreciación de la figura de Ernest Hemingway: el franquismo lo hacía definitivamente suyo.

Dejando para más adelante los detalles sobre la firma, y antes siquiera de leer dicho texto, el aspecto general del libro sorprendía. Grande, bien encuadernado, con abundantes fotografías en blanco y negro y, como ya se ha dicho, con una introducción en varios idiomas, entre los que, por supuesto, no estaba el euskara –inglés, francés y alemán son los agraciados–, aunque algunas palabras de esa lengua, como *zezensuzko* o *zaldikomaldiko*, resbalaban por el texto.

Esto último de los idiomas parece indicar que las instituciones de la época habían asumido el valor de los sanfermines como reclamo turístico. Metidos en la lectura del texto, esa impresión inicial queda confirmada. Desde las primeras líneas, el autor se dirige al lector diciéndole, en la versión inglesa, «If you go to Pamplona to take part in the festivities of St Fermin...». Salvando que una parte del texto estaba pensada para consumo interno, ya que sólo los muy especialistas en historia contemporánea podían entender ciertas partes del mismo, todo lo demás hacía pensar que el libro fue concebido como uno de esos objetos de regalo, en este caso dirigido a los hablantes de alguna de las lenguas de la introducción. No resulta difícil ver al turista de aquellos años queriendo llevarse a casa un recuerdo tras haber sido seducido por la “fiesta” que, según dicen, «tan magistralmente reflejó Hemingway». Incluso podemos pensar que, al igual que hoy, algunos de los extranjeros a los que se dirigía el libro habrían acudido a los sanfermines seducidos por el relato de *The Sun also rises* –*Fiesta*– y su consiguiente leyenda¹. Leyenda, no nos engañemos, creada en una conjunción de intereses variopintos, compuesta de mentiras y verdades a medias, y cargada, en definitiva, de tópicos a raudales. Apuntándonos tam-

1. No inventaba nada Rafael García Serrano. Según Stanton, que cita a Fermín Goñi, una encuesta dirigida por la Oficina de Turismo española, por ejemplo, indicaba que casi el 90% de los extranjeros que asistían a la feria de San Fermín en Pamplona habían leído *Fiesta* o visto la película basada en la novela. Entre los españoles era también famoso; lo consideraban «un autor español que había nacido por casualidad en América». Stanton, Edward; *Hemingway en España*, pág. 301.

bién aquí a lo de los tópicos, de los que por otra parte va a ser difícil escapar dado el tema, no estará de más señalar que en el contexto de los sesenta el detalle de los idiomas en la introducción parece denotar, además del interés comercial y propagandístico ya citado, el rasgo de una cierta apertura mental del Régimen.

Por aquel entonces el Régimen había encontrado en Manuel Fraga Iribarne al ministro de Información y Turismo ideal, adalid del lema tan en boga a partir de la muerte de Franco de «hacer que algo cambie para que en realidad nada cambie».

El paradigma perfecto de la aplicación de la consigna podría ser el cambio de actitud con respecto a Ernest Hemingway, entendido éste en el amplio sentido de la palabra, es decir, incluyendo, salvo alguna excepción, a la prensa escrita de la época. Eso si fuéramos tan desmemoriados como para dejar a un lado el ejemplo del mismo Manuel Fraga Iribarne, que de ideólogo de la apertura del Régimen con su famosa Ley de Prensa e Imprenta de 1966 –nuevos aires para la censura– pasó en la reinstauración borbónica a demócrata de pro, siendo el fundador de la derecha española “renovada” y es, mientras escribo estas líneas, presidente electo de la Xunta de Galiza, y no precisamente por el sistema de Tercios de la Democracia Orgánica de la que fue destacado ideólogo. Pero quedémonos con Ernest Hemingway, que en un lapso de tiempo relativamente corto pasaría de ser alguien que hasta el día anterior parecía tener prohibida su entrada en la piel de toro a ser, en palabras de Rafael García Serrano en la citada introducción, «en la posguerra española, el mejor agente publicitario de las ferias y fiestas de San Fermín».

Dejando por el momento los detalles del “ministerio de turismo” y del “agente publicitario”, que tampoco son baladíes, y volviendo al libro *Los sanfermines* publicado en 1963, lo más interesante del mismo es la imagen que nos ofrece de Ernest Hemingway. El texto, como ya hemos dicho, viene firmado por Rafael García Serrano, falangista de primera hora, tal y como cuenta en su no-

vela *La fiel infantería*, novela que curiosamente sufrió los efectos de la censura del propio Régimen.² Hecho el apunte, conviene que repasemos la parte más sustancial del texto en cuestión.

«Si usted va a Pamplona dispuesto a pasar los San Fermínos no preste demasiada atención a los elementos superfolklóricos –comienza el texto–. Suelen ser falsos; hágame caso, señor. ¿Usted juzgaría Granada por las cuevas gitanas y pestilentes del Sacromonte? Pues no juzgue usted a Pamplona por un cierto tufillo a Carnaval que se desprende de su alegría antigua, cristiana y báquica. Eso son los flecos de la fiesta, pero no su cogollo; la guarnición que adorna un plato –pero que apenas sí se cata–, no una manjar sólido ni la rica salsa.

Un pañuelo rojo le basta para afiliarse al festejo y también, si usted me apura, un buen sombrero de segador. Si a San Fermín le da por decir: allá voy en punto a calorina, el sombrero le vendrá de rechupete (...) el sombrero le servirá de paraguas, sin que tal artefacto desentone con sus aires de Bond Street, el júbilo primario de una fiesta en la que juega, fundamentalmente, la muerte.

Tampoco se asuste por eso de la muerte, pero es verdad, y más que nadie lo sabe el Santo Obispo (...) y por eso la alegría es tan buena y tan santa, porque se acurruca como un pájaro en las orillas del río de la muerte».

Tras estos tres párrafos iniciales, que recuerdan un tanto aquello de soy el novio de la muerte, el autor dice algo que no está destinado a los lectores extranjeros del libro, sino que responde a una de sus obsesiones básicas: «¿Acaso los encierros de 1936 no fueron un buen entrenamiento para la dura prueba que se avecinaba?».

Tras esa sugerencia de asimilación de los mozos que en 1936 corrían los encierros con los futuros sublevados,

2. Sobre la censura de esta novela, véase la Introducción, páginas 40 y siguientes.

asimilación que en el siguiente párrafo expresará con todo su crudeza, entra a hablar Hemingway de una manera que tampoco parece pensada para dirigirse a los lectores “no españoles” del libro:

«Hemingway, el gran escritor de *Fiesta* y *Por quién doblan las campanas*, se nos marchó sin pagar su deuda, sin darnos la novela de los corredores del encierro que se fueron a la muerte al día siguiente de terminar aquellas fiestas que duraron del 6 al 18 de julio. El 19 fue domingo. Un domingo radiante y airado que iba a revolver la Historia. Aquella gente le gustaba a Hemingway. Le gustaba al periodista y guerrillero rojo Roberto Jordán, norteamericano, que miraba a un enemigo y se decía: “Probablemente lo habré visto correr por las calles delante de los toros, en la feria de Pamplona”, y también se hacía reflexiones de este porte: “Pero te gusta la gente de Navarra más que la de ninguna otra parte de España”.

Yo le hablé a Ernesto Hemingway de su deuda. Se lo dije en El Escorial, que es un buen sitio, y también en el bar del Suecia y en la tasca del callejón de la Ternera, y habíamos quedado en que se lo diría en Pamplona, en nuestra tierra, la mía y la de él, por San Fermín. Pero Ernesto no fue a los sanfermines, dejó de ir a los sanfermines y ya no volverá más a los sanfermines. Me sentía seguro de que Hemingway pagaría su deuda en letras de oro. Era un tema que le iba como anillo al dedo, como pañuelo rojo al cuello, como sombrero de segador a su cabeza, como la sombra de la boina roja a su barba blanca de abuelo de Montejurra –que lo era de verdad y él no lo sabía, aunque don Ramón del Valle-Inclán se lo hubiera explicado muy bien–; un tema que le iba como el vino de Artajona a su bota de aficionado al mosto.

Le dije todo esto a la patallana, con copitas a mano, y él asentía gravemente, y chocó su vaso con el mío, y ahora pienso que ya por todos los sanfermines que me queden tendré que enviarle el programa de colorines, con el ritual de la fiesta, con la lista de los matadores,

con la hora de comenzar el festejo, con las colecciones de fuegos artificiales y los nombres de los acreditados pirotécnicos de aquí y de allá, con los precios de las localidades y con la cuantía de las multas a los que arrojen almohadillas al redondel. Sí que se lo he mandar, cada año, como las mejores flores para su tumba de Idaho».

La introducción sigue con un repaso a todos los tópicos sanfermineros de la gran derecha española, que no vamos a reproducir aquí, hasta que de nuevo aparece nombrado Ernest Hemingway.

«Baroja dijo que los sanfermines eran “unas fiestas ridículas”. Así era Baroja. Cosas del abuelito don Pío, de un abuelito incendiario, fantástico contador de cuentos, inteligente cínico, algo chocholo, gruñón y delicioso. Los sanfermines son el encierro. Hemingway se ha ocupado del encierro y los sanfermines en *Fiesta y Muerte en la tarde*, aunque en esta segunda obra de manera incidental y poco importante. Los norteamericanos –y en general todos los anglosajones y muchos otros extranjeros– que acuden a los sanfermines con beatitud de novicios e ímpetu de conversos, lo hacen porque leyeron a Hemingway, de esto no hay duda. Hemingway ha sido, en la posguerra española, el mejor agente publicitario de las ferias y fiestas de San Fermín».

Como se ve, para Rafael García Serrano no hay duda de la labor propagandística de Ernest Hemingway. Y todo gracias a sus obras de antes de la guerra. Se le olvidó citar, o no quiso hacerlo, *The dangerous summer*,³ obra en la que, como ya veremos, también habló de los sanfermines, no en exclusiva. Pero ya sin recurrir a esa obra, tan importante de cara a lo que así se trata, la lectura de los párrafos seleccionados de esa introducción

3. Hay edición en castellano: Hemingway, Ernest; *El verano peligroso*; Trad. De León Ignacio; Barcelona, Editorial Planeta, Colección Documento, nº 182, 1986. Desconocemos qué texto utilizó José María Iribarren en su libro *Hemingway y los Sanfermines*. Aquí utilizamos: Hemingway, Ernest; *The Dangerous Summer*. N.Y., Touchstone (Simon&Schuster), 1997.

a *Los sanfermines* sugiere diversas cuestiones. Yo querría quedarme, al menos de momento, con una, a saber, si Rafael García Serrano, como tantos otros militantes de la Revolución Nacional-Sindicalista, era ya un hombre desencantado cuando escribió lo que escribió sobre Ernest Hemingway, supongo que allá por 1962, ya que el libro, no conviene olvidarlo, se publicó en 1963. Veámoslo.

Todavía en 1966 Rafael García Serrano publicó un libro de guerra, en todo el contenido polisémico de la palabra, bajo el título de *Diccionario para un macuto*. Para quien haya leído el texto introductorio al ya citado *Los sanfermines* y se haya preguntado por la ideología del autor del mismo, he aquí la dedicatoria de *Diccionario para un macuto*.

«A Francisco Franco, / el General de mi juventud / Y a todos los que entonces quisieron / una España nueva, la quisieran / como la quisieran y desde donde la / quisieran».

Un cierto deje de desencanto se deja caer en esa dedicatoria, sin duda, en línea con la situación que por entonces vivían los falangistas. Ese desencanto tuvo su punto de inflexión en 1956, cuando habiendo alcanzado la dirección del diario *Arriba*, dimitió del cargo «con el propósito de mantener incólume su republicanismo falangista», según se puede leer en la introducción a la edición aquí citada de *La fiel infantería*. Pese a todo, Rafael García Serrano siguió predicando su falangismo, al menos eso, hasta su muerte. El libro *La gran esperanza* y sus columnas diarias en *El Alcázar*, lo sitúan en la historia como un carcamal. Sólo que algunas de las ideas expuestas en ese último libro, especialmente las relacionadas con el Estado de las Autonomías como embrión de la desmembración de España y el clero vasco como un mal en sí, y algunos de los bulos puestos en circulación en *Diccionario para un macuto*, han tenido un éxito arrollador en estos últimos años.

Dejando a un lado esto último, parece que al menos hasta dos años después de la publicación del libro que nos traemos entre manos, el autor de la introducción seguía fiel a su ideario, aquél que desde primera hora lo llevó a integrarse activamente en el bando de los sublevados en julio de 1936.

No entraré ahora a discutir si el mantenimiento del tal ideario implicaba forzosamente su afinidad absoluta para con el Régimen. Éste se había aligerado de la carga de los nacional-sindicalistas, que allá por 1957 habían fracasado en su intento de reformarlo, y que hasta vieron cómo uno de sus camaradas era herido por la Policía en las calles de Madrid el año anterior; era ya por los dulces años sesenta el de los ministerios en manos de los “tecnócratas”, como se les vino a llamar, y que lo eran, conviene no olvidarlo, desde 1957 precisamente. Una fecha que merece ser retenida en la memoria, así como la de 1953, ya que ése es precisamente el año de la firma del Concordato entre el Estado español y la Santa Sede de Roma, año también de la firma del acuerdo sobre bases militares con Estados Unidos (las relaciones diplomáticas fueron restablecidas en 1951) y año, ya es casualidad, de la vuelta de Ernest Hemingway a lo que él mismo llamó *Spanish Earth*, por primera vez desde casi finales de la guerra civil desatada a raíz de la intentona golpista del 18 de julio de 1936. Retengamos la fecha y volvamos al falangista Rafael García Serrano y su introducción que, por cierto, alguien le habría encargado de escribir.

Ese texto constituye el paradigma de una carrera loca. Una carrera por asimilar al complejo escritor y aún más complejo personaje público Ernest Hemingway, antiguo defensor de la Segunda República de España, convirtiéndolo en un simple enamorado de los sanfermines. Eso sí, su amor a los sanfermines vendría integrado en un amor más amplio, el amor a España. Año tras año, la prensa navarra, y por contagio la de los alrededores, renueva el ritual, convirtiendo el recuerdo de Ernest Hemingway en el del hombre al que al final pa-

rece que sólo le importaban España y los sanfermines. Hasta tal punto que un día empezarán a llamarle Fermingway. Antes de que otros lo hagan, lo hacemos aquí. ¡Fermingway!

II

De la seducción

Nos quedamos con una imagen. He ahí juntos, compartiendo mesa en El Escorial, al falangista camisa vieja¹ y al que fuera –¿en un tiempo ya lejano?– defensor comprometido –¡hasta en la White House, ante los Roosevelt!– de la Segunda República y de su legitimidad ante el mundo. Aunque como el mismo Hemingway ya anotara, la mayoría de sus amigos de antes de aquel 18 de julio en el que Rafael García Serrano corrió a subir al autobús que desde la plaza del Castillo le habría de llevar al frente a matar rojos, eran, como el mismo Serrano, contrarios a la legitimidad republicana. ¿Qué había ocurrido a partir de 1953, año de la vuelta de Ernest Hemingway?

A simple vista, podría parecer que Ernest Hemingway había seducido a Rafael García Serrano, quien, por

1. «Lo importante no es camisa vieja o nueva, sino camisa permanente, y de esos –¡ay!– ya van quedando menos de los que era de esperar y más de los que espera el enemigo», *Diccionario para una macuto*, pág. 686.

otra parte, no sería el único escritor español de la época, falangista o no, seducido por el americano. Lo habría hecho, además, sin necesidad de que aquél, o aquéllos, leyeran sus obras, ya que apenas circulaban en castellano, y menos en la piel de toro.² Por tanto, puede que lo que parecía producto de la seducción no fuera tal, sino simple pose. Tal vez todo respondía a un mecanismo compensatorio. Aparecer junto a Ernest Hemingway sería casi una provocación y, por tanto, podía ser una respuesta simbólica al desencanto que sintió al ver que su sueño de una república falangista se esfumaba. En cualquier caso aquella defensa del escritor parecía una crítica al Régimen.

Pero qué pasaría si, hablando también de esa vuelta de Ernest Hemingway en 1953, nos pusiéramos en el punto de vista de éste. ¿Tendría alguna base la pregunta de si acaso no sucedió al revés, es decir, si el seducido no fue Ernest Hemingway y los seductores gentes como el mismo García Serrano, más importantes, de los que se irá hablando aquí a medida que pasen las páginas? Puede que ni una cosa ni la otra. Puede que al final comprobemos que lo sucedido la segunda vez fue una conjunción de intereses de ambas partes, pagados en moneda de memoricidio. Todo esto sin poner en duda que Ernest Hemingway ya había sido seducido por «España y sus gentes» al menos una vez. ¿O deberíamos sustituir el concepto de seducción por otro más adecuado? ¿Fascinación, tal vez?

No inventamos nada. José Luis Castillo-Puche se apunta a la tesis de la “fascinación primordial”. Lo dice claramente al plantear la pregunta de «¿qué pudo fasci-

2. Sobre la edición de las obras de Ernest Hemingway en castellano, la censura y otros avatares, véase: Daouglas E. LaPrade, *La censura de Hemingway en España*, Salamanca. Por lo que respecta a Rafael García Serrano, éste tal vez sí pudo leer *Por quién doblan las campanas*, ya que en *Diccionario para un macuto*, página 274, dice lo siguiente hablando de los “paseos”: «En *Por quién doblan las campanas* hay un capítulo, el X, que ofrece abundante información sobre el tema». Teniendo en cuenta que el libro fue editado en 1963, tal vez leyó *Por quién doblan las campanas* después de conocer personalmente a Hemingway, hecho que ocurrió en 1956.

nar desde el primer momento al Premio Nobel más famoso del mundo en su encuentro con España³», dando así por hecho que esa fascinación primera existió.³ Por su parte, en la introducción a la *Guía Hemingway cien años*, editada en 1999 con motivo del centenario del nacimiento del escritor, el por entonces alcalde de Iruñea, Javier Chourrau Burguete, hablaba de «flechazo». Fascinación primordial o flechazo, en cualquiera de los casos el resultado venía a ser el mismo: enamoramiento.

La seducción no habría sido necesaria. Ernest Hemingway se habría enamorado de España. A primera vista. Sin más. Es decir, por una cualidad esencial de lo español, que éste es el tema profundo: la España que fascina al instante, la que enamora de flechazo. Luego habría venido el conocimiento. Y, como se suele decir, conocer es amar más.

«Se diría que Hemingway viajaba a España como a su propia casa. España no era sólo para él un país acogedor, sino un lugar que le servía de inspiración, iluminación, incluso de purificación. No era sólo que en España hubiera encontrado el sentido de la vida y de la muerte, como él decía, simbolizado en la corrida de toros, sino que España, sus gentes, el carácter individualista español, la rebeldía natural de los españoles, el sarcasmo y la sabiduría del lenguaje del pueblo azuzaban y espoleaban su imaginación para el tipo de crónica y documentos humanos que son su extraordinaria obra de arte».

Son palabras de Castillo-Puche, máximo especialista, autoproclamado, en el tema de Ernest Hemingway en España, escritas para el folleto de la exposición del Círculo de Bellas Artes de Madrid. Son palabras que nada dicen de las Españas que conoció Hemingway, nada de una hipotética ruptura entre ellas, nada de un antes y un después de la guerra del 36. Ernest Hemingway simplemente «viajaba a España». A la esencial, porque amaba «el carácter (individualista) español». Es la visión de una Espa-

3. Castillo-Puche, José Luis; *Hemingway y España*, 1998, pág. 10.

ña casi menos que inmutable que atribuyen, o atribuyeron, ya que hablamos de muertos cuyo sueño no queremos perturbar, a Ernest Hemingway.

Lo del Hemingway enamorado de España, enamorado y privado de su objeto amoroso a partir de 1938, suspiraba por volver a entrar en contacto con aquél, tendría un momento fundacional. O dos, quién sabe.

En su primer viaje camino de París, en 1921, el *Leopoldina*, barco en el que viajan Ernest Hemingway y su primera esposa, Hadley, hace escala durante unas cuatro horas en Vigo. Ernest, siempre curioso, siempre atento a la novedad, decide estirar las piernas y baja a tierra. En la ciudad gallega visita el mercado del pescado, que lo impresiona enormemente. Dicen que aquella visión lo dejó seducido por siempre. Aunque quizás el momento fundacional de la seducción fuera anterior a ése, ya que Vigo difícilmente podría ser considerado el paradigma de la España de entonces. Ni de la de ahora.

Si no fue aquél de Vigo, el momento fundacional habría sido aquel otro de 1919 cuando, volviendo a casa desde Italia como orgulloso herido de guerra, el barco en el que viajaba, el *Giuseppe Verdi*, hizo escala en Algeciras. Recuperado de alguna manera de las numerosas heridas que sufrió en una pierna –se ha llegado a decir que eran más de doscientas– salió a conocer la ciudad. Paseó durante unas horas y se hizo con la atmósfera del lugar. Y su imagen de España –que, lo digo de paso, será importante tomar en consideración– debió de quedar marcada por aquella primera impresión. Lo que vería a partir de entonces estaría sesgado por aquella imagen.

Elija el lector el momento que quiera y volvamos a la escala gallega de Ernest Hemingway. Tras aquellas primeras horas, en Vigo, en lo que luego sería el *Spanish Earth* del escritor, el joven matrimonio siguió viaje a Francia. Les esperaba París, paraíso de los aspirantes a escritores estadounidenses voluntariamente exiliados a la culta Europa.

Allí, en París, Gertrude Stein, generosa matriarca de los literatos americanos expatriados, le recomendó, dicen, ir a Pamplona. A ver los toros, que seguro lo iban a impresionar. La verdad, tampoco hacía falta que nadie le animara a lo de los toros. Dejando a un lado que lo que de veras lo convenció fue la promesa de abundantes pescas de truchas en el río Irati, que de hecho así parece que fue, y digan lo que digan los *fermingwayistas*, aquel mismo año de 1923 Ernest Hemingway ya había visto corridas de toros en Madrid, Sevilla y Granada. Es más, la afición a los toros le venía de antes de haberlos siquiera visto en directo. En la *Little Review* había publicado una escena describiendo cómo un matador es corneado por el toro. Tenía, pues, predisposición por el tema, como lo demuestra, además, el hecho de que en Francia ya se había animado a suscribirse a alguna publicación taurina, en concreto al semanario *El Toril*, editado en Toulouse.⁴

Vino, pues, desde París. Y a partir de ahí nunca habría dejado de querer venir. Venía o quería venir porque estaba enamorado de España, de su paisaje y de su paisanaje, que le parecían lo mejor del mundo. Y aún hay más. Llegó por primera vez a Madrid, y luego llegó a Pamplona, y aquello ya lo convirtió en un enamorado que vivía sin vivir en sí, salvo que estuviera en España.

«Entonces es cuando ve en Pamplona con ardiente emoción la lucha del hombre con el toro, la sangre y la muerte pisando los talones de los mozos que corrían delante de las bestias astadas; enseguida se da cuenta de que aquí está lo que él viene buscando, el sentido de la vida y de la muerte, la llaga de la tragedia, y en un país tan luminoso como España descubrirá precisamente las sombras, el contraste, lo negro y lo rojo, y lo encontrará precisamente en Goya. Encontrarse con Goya en el Museo del Prado es una pauta que ha de conmocionar toda su obra».

4. Dupuy, Pierre, *Hemingway et l'Espagne*.

Lo dice José Luis Castillo-Puche, considerado el mayor experto en el tema de Hemingway en España, recordémos, que sitúa en Pamplona la epifanía vital y creativa de aquél. En Pamplona, pero en el encierro.

Por su parte, Edward F. Stanton es más comedido en cuanto al proceso de enamoramiento de Ernest Hemingway, quizás por aquello de que en inglés enamorarse significaría *falling in love*, cayendo en el amor. Aunque paradójicamente tampoco deja de apuntarse a la teoría del flechazo.

Según Stanton, Hemingway buscaba una buena tierra, y «la última buena tierra era España, y Hemingway creyó que el único pueblo bueno que quedaba en Europa era el español».⁵ Eso fue recién había viajado desde París hasta la península. Tras cuarenta años de «contacto con España», nos dirá Stanton, «se produjo una simbiosis única en la historia de la literatura». Y sigue diciendo que «otros escritores extranjeros habían conocido la Península tanto o más que Hemingway, pero ninguno interpretó la tierra y su pueblo con profundidad tan certera. Decía que España era el país que más amaba, aparte del suyo». Stanton no se para ahí. «Los españoles que lo trataron me han dicho que su porte, sus gestos, su arranque y su gusto por las palabrotas le daban un aire más parecido a un compatriota que a un extranjero». ¿Estaría predestinado?

«Es posible que Ernesto leyera *El Quijote* en el colegio: uno de los primeros motes que se puso fue “Señor Ernesto de la Mancha y O’Brien Hemingway”. Entró como reportero en el periódico del instituto y empezó a escribir cuentos para la revista literaria *Tabula*. Dos de sus narraciones evocaban el mundo de los indios (...) eran una premonición escalofriante de la obra y vida posteriores de Hemingway».

5. Stanton, Edward F.; *Hemingway en España*, pág. 17. Todas las demás citas en páginas 18, 29, 51, 51 y 37.

Predestinado o no, Stanton dice que cuando la cuadrilla de Ernest Hemingway y sus amigos tomaron en París un tren hacia el sur, camino de Madrid, «España no era lo que el escritor esperaba». «Al principio le pareció un sitio horrible», sigue diciendo, explayándose en comparaciones que no vienen al caso, hasta dar con la clave:

«España le parecía “muy grande y muy desnuda”, pero pronto se acostumbró. También pensó que era “pura, increíblemente dura y bella”, el único país íntegro que quedaba en Europa. Y por si fuera poco, tenía la mejores truchas del continente».

A tenor de lo que dice Stanton, habría habido pues un “acostumbramiento”, en lugar de una flechazo o una fascinación primordial. Claro que el mismo Stanton unas páginas antes dice lo contrario:

«En el artículo y las cartas del joven escritor desde Vigo –volvemos a uno de los posibles momentos primordiales– estaban prefiguradas algunas de las imágenes clave de su visión de España en los cuarenta años siguientes: la tierra perdurable, el campo y el mar incontaminados, el vino, el sol, el sacrificio ritual de un animal noble por hombres buenos que comulgaban con la naturaleza. Era un mundo de dioses y héroes masculinos: “Vigo, España, ése es el sitio donde un macho puede vivir”».

En el artículo en el que Stanton cita en apoyo de su aserto⁶ nada hay de lo que él dice, y las cartas a las que hace referencia no están incluidas en la colección publicada por Baker. Lo de «Vigo, España. Un lugar donde un macho puede vivir», desconozco de dónde lo ha sacado, ya que no cita fuente alguna. Pero sumemos otra posibilidad, además de la fascinación, la simbiosis y el flechazo: la del *shock*.

6. Hemingway, Ernest, *By-line*, p. 16-17.

«El choque que Hemingway experimentó en aquella primavera española de 1923 fue casi tan violento como el que había sufrido cinco años antes en el norte de Italia. Un día por la mañana estaba en París con su aire civilizado, y por la tarde del día siguiente ocupaba una barrera en la plaza de toros de Madrid. Ahí estaba ante sus ojos, a pleno sol, un extraño ritual de vida y muerte, más antiguo que ningún otro en Europa con la posible excepción de la liturgia católica».⁷

Lo dice Stanton, en esto bastante en consonancia con Castillo-Puche, y a renglón seguido dice algo mucho más importante, y quizás más cierto:

«En el viejo ritual de la vida y la muerte –escribe Stanton–, “supervivencia de los días del Coliseo romano”, Hemingway encontró su propia versión de las máscaras africanas de Picasso y la exaltación de la vida primitiva de los surrealistas. Había descubierto un territorio que nadie había reclamado, increíblemente, ningún artista importante. Ello le permitiría, como dijo a Hadley en una carta, ser “atávico, desgarrar la belleza del caos y de las cosas oscuras”».

¡Había descubierto un territorio! El del ritual de la vida y la muerte. Eso es más importante que saber si el ámbito en el que aquel ritual se desarrollaba, España, lo había herido de un flechazo, lo había fascinado a la primera, le había chocado o simplemente lo había obligado a entrar en un proceso desconocido de simbiosis entre él mismo y aquel territorio. Era suyo, su territorio, eso era lo importante. Lo demás es, digámoslo ya, leyenda.

Según la leyenda, un Ernest Hemingway fascinado por España desde el primer instante, al volver en 1953 tras una larga privación de su objeto amoroso, tan sólo habría tenido un reencuentro con el objeto de su amor, con su territorio, con lo que era suyo desde aquel momento primordial. Y si el objeto había cambiado en algo,

7. Este entrecomillado y el siguiente en Stanton, páginas 52 y 53.

si ya España era otra, algo esencial debía todavía conservar para que el enamorado siguiera en su estado anterior, es decir, no cayera en el desencanto. En eso consiste la ceguera del amor. Por cierto que el mismo Ernest Hemingway nunca dejó testimonio de cómo fue aquello del enamoramiento, por fascinación o flechazo, qué más da, por lo que no nos queda más remedio que emplear el término de “leyenda” para referirnos al Hemingway enamorado de España.

A partir de ahí ya tenemos a Hemingway entre nosotros, tema al que se le han dedicado abundantes cuartillas, casi todos repletos de literatura. Aunque repetitiva y magra, y por tanto estéril. Hablando claro, los libros, todos ellos meritorios, sobre Hemingway y España, o sobre Hemingway y el País Vasco, o sobre Hemingway y los sanfermines, que de todo hay, aparte de glosar el amor del escritor por todos esos lugares o temas y tratar de interpretar tal amor, se limitan a ser crónicas vacías de otro contenido que no sean las fechas en las que aquél «vino» o «dejo de venir», en cuyo caso se suele apuntar algún porqué a manera de justificación. Como si todos los años, siempre, él hubiera querido «venir»; lo que es peor, alguno dice que venía «año tras año», tal y como en la presentación que firma Javier Chourraut en la *Guía Hemingway*, la hasta ahora más acabada versión de *Fermingway*. En realidad, Ernest Hemingway estuvo nueve veces en las fiesta de San Fermín, de las cuales sólo dos fueron tras la guerra.

En fin, que en esas publicaciones se van apuntando los nombres de los lugares que Ernest Hemingway recorrió en cada uno de sus viajes, de las corridas a las que asistió o dejó de asistir o de las que hay duda de si pudo o no estar presente. Y poco más. Si acaso de vez en cuando una nota sobre su amor a la tierra, alguna declaración espigada de entre los testimonios de sus amigos o conocidos, tal o cual detalle de sus libros y, ahora sí, para de contar.

Así que venía porque hubo una fascinación primordial, un flechazo, un *shock*, una simbiosis, y porque a par-

tir de ahí se enamoró de un territorio que siempre iba a considerar suyo. Para algunos, lo más suyo entre lo suyo, su objeto de amor primero, serían los toros y los sanfermines, esto en la versión más fermingwayera de la leyenda española de Hemingway. Lo que tomado desde el punto de vista de gente como Rafael García Serrano hasta sería un pleonasma, ya que nada habría más español que Pamplona y sus sanfermines.

III

Fiesta

París fue el primer territorio literario de Ernest Hemingway, tanto en lo referente al ambiente como a la temática e inspiración. Mas, según la leyenda, su territorio propio fue España, y la primera expresión de esa territorialidad se plasmó en su segunda novela, la del viaje de la ciudad de la luz, París, para él dicen que oscura y gris –lo dice Stanton!¹– a la luz de Navarra.

Como hemos dicho anteriormente, la tentación de venir a Pamplona habitaba en Ernest Hemingway desde que Gertrude Stein le hablara de la ciudad, que por cierto, de tener que agradecer a alguien el mérito de descubrir los sanfermines al mundo a ella debería ser. Pero a lo que vamos, un día la tentación se hizo carne, y a partir de ahí habitó entre nosotros. En forma de libro, claro.

1. Stanton, 39-40.

El libro fue nada más y nada menos que la novela titulada originalmente *The Sun also rises*, que en castellano ha pasado a titularse definitivamente *Fiesta*.² Hay que decir que ése fue el título provisional de la novela, luego descartado por el autor, que a la búsqueda de uno mejor, prefirió recurrir a un libro de citas, tal y como a partir de entonces haría con casi todos sus otros libros, hasta que dio con esa frase del Eclesiastés, «...and the sun also rises». Dejando a un lado los motivos de este cambio de título, al que el autor no parece que se opusiera, al menos firmemente, otra cosa es que, puestos a pensar que el título original está tomado de la versión en lengua inglesa del Eclesiastés, no se termina de entender por qué la corriente más ultra-católica de los ferminingwayistas no lo adopta.³ Esto nos hace vislumbrar otro punto importante en la ferminingwayización de Hemingway. ¿O es que el vocablo “fiesta” no es ya para muchos sinónimo de sanfermines?

La novela, conviene recordar, no es una obra sobre los sanfermines, sino sobre los avatares de un grupo de expatriados americanos, más algún inglés, que se dejan caer por el lugar más exótico entre los más cercanos al sitio donde viven, París, en la que se aburren mortalmente mientras esperan el milagro que les haga triunfar, sea en el amor o sea en la guerra literaria. Y nada más. Aunque luego resulta que ese lugar es la Pamplona de Iruña y que para nosotros, sometidos a la anual repetición de tópicos ferminingwayeros cada vez más magros, ahí empieza todo. Y se podría decir que para Ernest Hemingway también, ya que el viaje a Navarra durante la insurrección anual de los mozos le aportó el marco para el relato que

2. Cuando se cite *Fiesta* en castellano se hará uso de la edición de Plaza y Janés, 1960, traducción de José Mora Guarnido y John E. Hausner. Cuando lo hagamos en inglés, *The Sun also rises*, citaremos la edición original de Scribner's. *Fiesta* se tituló el borrador de la novela, así como la primera versión inglesa, que no americana, de la misma; a partir de ahí se usan indistintamente los dos títulos, dependiendo del ámbito editorial.

3. Existe una edición con el título de *Ahora brilla el sol* (Promexa, México D.F.: 1979) y una edición en catalán con el título de *El sol també s'aixeca* (Ediciones Grijalbo, Barcelona: 1984).

le abriría las puertas de la fama y, no conviene olvidar, también, de la fortuna.

No me voy a meter en la descripción del grupo de americanos aburridos que en *The Sun also rises* viajan al sur, ni en desgranar sus cuitas. Sólo apuntaré lo que dicen los que han examinado este asunto de la novela más a fondo, a saber, que el personaje principal de la misma, Jake Barnes, sería un trasunto del autor, una especie de *alter ego* literario.⁴ Esto, que en sí mismo no tiene por qué tener mayor importancia, pero que si se acepta nos lleva a dar por buena la hipótesis de que lo que Jake cuenta está más o menos tamizado por las necesidades de la narración, lo que Hemingway vio de los sanfermines, de la Alta Navarra y de lo que él llama *Basque Country*, y de la España de la época (1923-1925), es esencial de cara a desvelar qué percepción tuvo Hemingway de los tales sanfermines, de la tal Pamplona, del tal *Basque Country* y de la tal España. Y apunto, desde ahora, que la percepción de lo que Jake vio, sintió y vivió en aquellos días, la visión de las cosas del narrador de la novela, no coincide del todo con lo que el posterior tópico feringwayano postulará.

Dejando a un lado la primera parte de la novela, escrita en un lenguaje que, sobre todo por los diálogos, marcaría época y hasta crearía una manera de hablar entre los jóvenes estadounidenses, vamos al momento en el que grupo de expatriados llega en tren a Bayona.

De entrada, al narrador la capital de Lapurdi le parece una ciudad española. Lo que ya nos aclara dos aspectos importantes de la percepción hemingwayana de la identidad de los lugares por los que va pasando. Un primer aspecto es que ya había estado en España en suficientes cinco ocasiones como para hacerse una opinión

4. Que el personaje sufra de impotencia no habría que relacionarlo con un supuesto episodio de la baja de Ernest Hemingway en Italia. Sobre esto, así como del asunto de las heridas de Hemingway en la Primera Guerra mundial y otros aspectos de aquellos años, véase *Hemingway en el amor y en la guerra*, Henry S. Villard & James Nagel, Barcelona, Ediciones B, S.A., 1997.

sobre lo “español” en la arquitectura que, quizás, consistía en que hubiera o no una plaza de toros, que en Bayona sí que la hay. Un segundo aspecto es que no vio lo evidente, es decir, el aire inconfundiblemente atlántico, híbrido, de la ciudad, a pesar de que incluso se fija en la catedral, de la que dice «me pareció una linda catedral, bella y oscura como las iglesias españolas». Sería quizás la edad, aún no era muy de fiar su percepción de lo español.

Siguiendo el relato de Jake, éste y sus dos amigos alquilan un automóvil, con conductor incluido, en el que se dirigen hacia Pamplona. Nada más ponerse en marcha, el narrador de *The sun also rises* percibe que se ha adentrado en un territorio diferente, que una vez descubierto, le llevará a frecuentarlo con cierta asiduidad, tal y como es sabido. Pero ahora lo que interesa es lo que cuenta el mismo narrador, Jake, *alter ego* del autor.

«Pasamos ante unos hermosos jardines y volviendo la vista hacia la ciudad disfrutamos de un bello panorama. La carretera ascendía por un campo verde y ondulado. Nos adelantamos a muchos vascos que llevaban sus carros tirados por bueyes por la carretera, y fuimos dejando atrás también lindas granjas con techos bajos y las paredes enjalbegadas. En el País Vasco la tierra parece muy rica y verde, y las casas y pueblos, acomodados y limpios. Cada pueblo tenía su frontón y en algunos estaban jugando los chicos bajo el ardiente sol. Sobre las paredes de las iglesias había rótulos diciendo que estaba prohibido jugar a la pelota. Las casas de los pueblos tenían tejados de ladrillos rojos. Después, la carretera dobló y empezó a subir llevándonos hacia una ladera bajo la cual se extendía un valle detrás del que ondulaba hacia el mar, que estaba demasiado lejos. Podían verse sólo colinas y más colinas, y uno sabía que el mar estaba detrás de ellas. Cruzamos la frontera española».

No sabemos el itinerario que pudo seguir aquel taxi, pero cualquiera que haya viajado en automóvil desde

Bayona hasta alguno de los pasos fronterizos entre las dos Navarras se preguntará de dónde sacó el narrador esa visión de los pueblos con sus frontones y, he ahí el detalle, con los carteles de prohibición de jugar a la pelota en las paredes de las iglesias, si no fue de anteriores visitas a los lugares apuntados. Obviando esto último, por lo narrado en sí se ve que Ernest Hemingway era consciente de que al atravesar esa parte de “Francia” estaba pasando por *the Basque Country*, el País Vasco en la edición española. Todo un detalle.

Volviendo al hilo narrativo de la novela, ahí aparece la frontera franco-española, que cruzan una vez que el conductor ha rellenado los correspondientes formularios y mostrado ellos los pasaportes. Quien no puede cruzarla es un viejo contrabandista que, según el carabinero del relato, «lo intentará por el río». Es éste un detalle que algunos saludan con júbilo, como otra muestra de la capacidad de Ernest Hemingway para captar detalles.

Tras charlar con el carabinero, la novela sigue de una manera extraña. En la versión castellana dice:

«El chófer salió doblando los papeles y metiéndolos en el bolsillo interior de la chaqueta. Subimos todos al coche, y éste tomó por la blanca y polvorienta carretera hacia España. Durante un tiempo el paisaje no varió: después, siguiendo hacia arriba, cruzamos lo más alto de un paso. La carretera, describiendo sinuosas curvas, parecía girar sobre sí misma, y entonces ya estábamos realmente en España. Montañas de color pardo con algunos pinos y lejanos hayedos en las laderas».

Extraño párrafo. Una vez cruzada la frontera, al otro lado no parece encontrarse lo que más adelante el narrador, en la lengua original, denomina *the real Spain*. Esa España parece estar un poco más lejos, ya que aparece en algún punto del trayecto que el narrador no dice cuál es, pero que define de la siguiente manera:

«And then it was real Spain. There were long brown mountains and a few pines and far-off forests of beech-trees on some of the mountainsides».⁵

Por si acaso la descripción de Ernest Hemingway podía tal vez deberse a un defecto de percepción, treinta años después, en 1953, el escritor, ya famoso, volvería a hacer el mismo trayecto y a sentir lo mismo que la primera vez. Lo cuenta su cuarta esposa, Mary Welsh:

«Escalamos los Pirineos en automóvil. En nuestro recorrido hacia las fiestas de San Fermín, siguiendo la misma ruta que Ernest había hecho treinta años antes. El clima se iba haciendo más soleado y la vegetación cambió de pronto con respecto a la de Francia y el nivel del mar (...) Ernest dijo, “El País no ha cambiado y sigue estando repleto de ello (sin aclarar qué es “ello”)”.

Hablando de cómo Wellington viniendo desde el sur combatió entre estos espesos bosques, tomando todos los pequeños pasos y alcanzando finalmente San Sebastián, nos dirigimos directamente al paso del Punto (sic) de Velate, a 949 pies de altura, a través del mismo bosque de hayas que Papá describió en *The sun also rises*. En las laderas por debajo de la línea de troncos pastores vascos cuidaban sus rebaños. Como en Idaho. Desde el alto del paso vimos una nueva hilera de montañas, triste, marrón y seca. Papá dijo todo feliz: «Ya estamos. Eso es España».⁶

Convendría hacer el trayecto –hasta quizás se podría vender una ruta Hemingway que llevaría a un hipotético turista desde Bayona hasta Pamplona– y tratar de precisar desde dónde se ven esas largas montañas marrones y esos pocos pinos, si aún siguen como entonces el joven escritor vio, que allí donde se encuentren estará la España auténtica del hombre que con apenas 25 años iba, sin saberlo, al encuentro de la gloria literaria. Mientras tanto,

5. *The sun also rises*, p. 93.

6. Mary Welsh Hemingway, *How it was*, página 326.

retendremos la percepción de Ernest Hemingway; tras cruzar la frontera, y durante un tiempo, sintió que todavía seguía viajando por una continuación de lo que había dejado atrás, lo que él mismo denomina *Basque Country*. Pero volvamos a la narración.

Una vez en Pamplona, dos de los tres viajeros, el narrador y Bill, deciden tomar el autobús hacia Burguete, donde esperan encontrar un río truchero como aquéllos del Michigan de la infancia de Ernest Hemingway que, dicho sea de paso, fue un apasionado de la pesca, sobre todo de la aquellos peces espada, como toros bravos, que se encontró en el Mar Caribe. Pero estábamos esperando al autobús. La hilera formada por la gente que espera su salida es gente vasca –*basque*–, según la percepción del narrador.

«Un vasco, con una gran bota de vino en su regazo, se había acostado a través de la parte superior del ómnibus, frente a nuestro asiento, apoyando las espaldas en nuestras piernas. Nos ofreció la bota a Bill y a mí, y cuando yo la incliné para beber, imitó el sonido de un claxon tan hábilmente que derramé un poco de vino, y todos se rieron. Se excusó y me hizo tomar otro trago. Imitó la bocina un poco más tarde, y me engañó nuevamente. Lo hacía muy bien. Le gustó a los otros vascos».

El narrador se ahorra explicarnos por qué aquel hombre tumbado en el asiento anterior al de ellos es vasco. Lo era, Hemingway lo sabía, y eso parece bastar. Tampoco sabemos si acaso el de la bota no se la ofreció en euskara, al menos en principio, y de ahí la certeza del narrador al decir que el otro era vasco. Sin embargo, remarca que «el hombre que estaba al lado de Bill le hablaba en castellano, Bill no le entendía y le ofreció una de nuestras botellas de vino».

Al leer esa parte de la novela no puedo por menos que imaginar a los americanos en aquel autobús, escuchando cómo los viajeros conversan en euskara –esos viajeros de los que dirá «estos vascos son buena gente»– pero que cada vez que tratan de decirles algo a

ellos lo hacen en castellano. Un idioma sin duda más universal, tal y como el vascoparlante habitual ha aprendido a considerar, y mucho más comprensible que la *Lingua Navarrorum*. Pero mirando este aspecto de la novela más a fondo, es posible que en aquel autobús los viajeros vascos ni siquiera supieran más de dos palabras en castellano, aparte de que uno de ellos dice «¡Arriba! ¡Arriba!», para animar a los americanos a beber. Y de pronto, he ahí a uno de los americanos, Bill, hablando en inglés con uno de los viajeros. Será la conversación más larga que los protagonistas tienen con una persona del lugar. ¿Por qué? Porque apenas saben castellano. Ni los unos ni los otros. Ni los vascos ni los americanos. Y de pronto es como si en aquel autobús hubiera ocurrido un milagro. Hay un vasco que habla inglés.

A través de la historia del vasco que habla inglés en la novela se ha colado otra Navarra. Aquel hombre dice que estuvo en América cuarenta años atrás, es decir, en las dos últimas décadas del XIX, que pasó allí quince años, que volvió para casarse y se casó, pero como a su esposa no le gustaba viajar, se quedó. Una historia ejemplar, mil veces escuchada, en la que el vasco va desgranando los nombres de los lugares en los que estuvo, Chicago, St. Louis, Kansas City, Denver, Los Ángeles y Salt Lake City. Deletrea los nombres despacio. Entonces, su interlocutor, el mismo Jake que, por cierto, percibe los errores que el vasco comete en inglés, le pregunta si le gustan las corridas de toros. La respuesta es ejemplar. «Sí, dijo el vasco, creo que me gustan». (*I guess I like them*). No está seguro. Y la conversación se detiene ahí, por un momento parece que ninguno de los dos sabe qué decir. Entonces el vasco retoma la conversación cambiando de tópico y preguntando a dónde van. «A pescar a Burguete», contesta Jake, a lo que el vasco contesta con un «espero que cojan algo». Y ahí acaba la conversación más larga de todo el viaje y, en cuanto a las conversaciones con lugareños, la más larga del libro. Pero perdamos cuidado. Esta parte del libro nunca se comenta en ninguna de las mil y una versiones de la le-

yenda. Ciertos casos la excusa sería que tal o cual trabajo sólo analiza la Pamplona de Hemingway, y de ahí que el fragmento comentado no fuese pertinente, vaya. Sólo que la parte más hermosa del libro quizás es esta del capítulo XI y el siguiente, el XII, del libro II. En ese segundo está la famosa exclamación «*This is country*», cuya traducción correcta necesitaría de un análisis exhaustivo del contexto en el que se dice, pero que bien podría ser «¡Éste es un país!». O simplemente «¡Qué país!». Sólo que en lugar de país podríamos poner lugar. O tierra. Entendiendo tierra por la tierra que es antes que la estructura política o la coyuntura histórica. Hasta podríamos traducir la palabra *country* por nación. Lo que no haremos será aceptar la traducción «Esto es campo», como se hace en la edición de 1960 que venimos manejando. En cualquier caso, en la descripción de ese *country* –¿lugar, simplemente?– se nos muestra al Ernest Hemingway más inspirado, por auténtico. Ahí se nos muestra al hombre que goza de la naturaleza pisando la hierba, mirando los árboles, escuchando al bosque, pescando.

Empero, lo interesante de ese capítulo doce, de cara a la leyenda de un Hemingway español y sus derivaciones posteriores, es la definición que Bill hace de Jake, cuando le dice aquello de «tú eres un expatriado». Que es precisamente lo que Ernest Hemingway era en París, e iba a ser toda la vida: un expatriado declarando su amor por cada nuevo rincón del mundo donde llegara y se sintiera bien. Eso es todo. Pero volvamos a la novela.

El caso es que ya están en Burguete, y tras unas jornadas de pesca en el río Irati volvemos a Pamplona, donde están a punto de comenzar las fiestas de San Fermín. En este relato no interesa la descripción que de ellas hizo Ernest Hemingway, si fue más o menos fiel, etcétera. Valga decir que esa descripción se convertiría en el acto fundacional de la posterior leyenda fermingwayana.

Sin embargo hay un par de detalles en los que convendría detenerse. El primero es que en un momento de las fiestas, dice el narrador, hay una especie de festival de «danzas y cantos vascos y navarros, y de Valcar-

los», que también debe de ser Navarra, aunque algo hace que el narrador especifique esto último. El qué. Tal vez que así lo dijera el programa de festejos o el recorte de periódico que el Hemingway turistón se llevara consigo tras su estancia en Pamplona.

José María Iribarren, uno de los pilares de la leyenda acerca de Fermingway gracias a su libro fundacional *Hemingway y los sanfermines*,⁷ libro en el que ha rastreado las huellas del americano por las calles de Pamplona, nos dice que «aquellos sanfermines –los de 1925– fueron muy animados. Las barracas del Real de la Feria volvieron a instalarse en los terrenos del Antiguo Ensanche, ante la calle del Padre Moret. El Ayuntamiento trajo de Madrid a la Banda del Real Cuerpo de Alabarderos, y organizó, para la tarde del día 10, un festival artístico en la Plaza de Toros, en el que intervinieron la citada Banda, el Orfeón Pamplonés, los cantadores de jota de Peralta, y los danzantes de Valcarlos y Ochagavía». Esto último coincide con esa frase de la novela lo suficiente como

7. Sobre Iribarren: «Iribarren Rodríguez, José María, Tudela, (1906-1971). Uno de los escritores navarros más reconocidos y, sobre todo, leídos. Fue secretario personal del general Mola, y académico de la Lengua y de la Lengua Vasca. Cultivó preferentemente temas relativos a Navarra, folclore, costumbrismo, historia, lingüística, etcétera. Ha sido considerado un enamorado del alma navarra, sobre todo de la de la parte meridional que la retrató con gracia y humor en un amplio anecdotario en su *Batiburrillo navarro*, *De pascuas a Ramos*, *Burlas y chanzas* o *El porqué de los dichos*. Euskaltzale, fundó y colaboró con el semanario *Navarra*, derechista y defensor del Estatuto Vasco y con el periódico nacionalista *La Voz de la Navarra* cuyo director, José Aguerre, lo presentó como «periodista cultísimo por los brillantes artículos que viene publicando en *La voz de Navarra*; propagandista del ideal patrio, es un ribero patriota de gran valía».

Posteriormente colaboró con *Vida Vasca*. Muy respetuoso con el euskera y la cultura vasca, presente a lo largo de su obra, por lo que fue nombrado académico correspondiente de Euskaltzaindia, pese a desconocer el vascuence. Este desconocimiento se nota en una de sus obras más famosas, el *Vocabulario Navarro* (1952). Es un rico exponente de las peculiaridades del habla de la navarra castellanohablante, en la que aparecen no pocas voces provenientes del euskera. Al parecer, en un intento de recordar la geografía que promete el título, incluye palabras en euskera de las comarcas en las que la lengua está viva, lo cual deja al lector un tanto perplejo, porque tratándose de una lengua en uso, no se entiende qué sentido tiene espigar sólo algunas.

Como ocurrió con otros intelectuales y escritores navarros de derechas, la guerra civil radicalizó su postura y pasó de un vasquismo cultural e incluso político –reflejado en su apoyo al Estatuto Vasco– al acomodo en el Régimen franquista y el nuevo navarrismo emergente. En 1951 colaboró con Francisco Arrarás en la formación del grupo *Duguna*. En 1978, a título póstumo, Euskaltzaindia lo homenajeaba y lo nombraba académico de honor.

para suponer que o bien Ernest Hemingway tomó apuntes, que lo hacía, o que bien se llevó consigo el programa de festejos a manera de material para el trabajo de ambientación de la novela, algo que también solía hacer.

Sería interesante investigar por qué Hemingway escribió lo de los cantantes y danzantes vascos y navarros. Dejando a un lado que se llevara o no el programa de festejos y lo copiara, y aunque en la novela sólo se especifican los casos en los que las gentes hablan en español, probablemente porque a ellos, y por el motivo que ya he apuntado mas arriba, sólo se dirigían en esa lengua, hubo momentos en los que el narrador –Ernest Hemingway– escuchó hablar en euskara.

Abundando en el tema, podríamos pensar que la diferencia que el autor percibe entre los *singers and dancers* vascos y los navarros podría estar, en el caso de los *singers*, en el idioma en que unos y otros cantan ¿Serían navarros los que cantaran en español y vascos los que cantaban en euskara? ¿Percibió algún rasgo distintivo especial en unos y otros? Desde luego, en lo que cita Iribarren nada se dice acerca de esto, por lo que podemos pensar que algo de cosecha propia del narrador debe haber en todo ello.

Lo vasco en la novela es un detalle del que no se habla. No lo hace, por ejemplo, José A. Iturri en su *La Pamplona que encontró Hemingway*, incluido en la cima del ferminwayismo, la *Guía Hemingway 100 años*. Se habla de casi todo, pero de esto, o de la Navarra que tomar el autobús, no. Como excepción, en la citada *Guía*, en el capítulo titulado “Recreación e Itinerarios”, firmado por el mismo José A. Iturri, vemos que alguien ya se ha percatado de lo vasco en *Fiesta*, aunque no se sabe bien si no pretende escamotearnos su verdadera dimensión en el libro:

«El Pirineo navarro le bastaba a Hemingway. “Esto sí que es tierra” (recuérdese: *this is country*), pondría en boca de Bill en *Fiesta*, para dejar definitivamente zanjado su profundo aprecio por la naturaleza de Burguete, su comunión con sus gentes “–estos vascos son gente

estupenda”, escribiría— su admiración por las hayas, los pinos, el rumor del viento, el agua cristalina, la sombra de los grandes árboles...».⁸

Como ya hemos visto antes, lo «de estos vascos son gente estupenda» lo escribió Hemingway en *Fiesta*. Lo digo porque en la redacción del párrafo transcrito no queda claro que esa frase esté en esa novela, precisamente de la misma conversación en la que Bill dice *this is country*. Y es que no es preciso que el autor rebobine hasta la escena de la estación de autobuses, donde hay vascos por doquier, o todavía más atrás, hasta la llegada de los protagonistas a Bayona, donde comienza el *Basque Country*.

No se quiere hablar de que, en definitiva, en aquellos sanfermines Ernest Hemingway vio paisanos que, o eran navarros, o eran vascos, o eran ambas cosas indistintamente, no está nada claro, aunque me decanto por la tercera opción. Lo que sí está claro es que hasta el biógrafo Baker dice que «Burguete es un pueblo vasco de la montaña»⁹. Otro detalle es que en la novela sólo una vez habla Jake de los “españoles”. En cuanto Stanton, en su libro toma el camino del medio y habla una y otra vez de vasco-navarros.

Al hilo de *Fiesta*, cabe aclarar que Ernest Hemingway supo desde muy pronto de la existencia de la lengua vasca, algo evidente, ya que la debió de escuchar en el *Basque Country* de Francia, e incluso podríamos pensar que el taxista que les condujo hasta allí era vascoparlante. Posteriormente, como ya hemos visto, la tuvo que escuchar en la misma Pamplona y más al norte, en lo que algunos hasta hoy aceptarían llamar «la zona vasca de (la Alta) Navarra», aunque prefieran denominarlo como la «montaña navarra».

Ernest Hemingway, persona de curiosidad intelectual infinita, trató de aprender varios idiomas. Italiano,

8. Guía Hemingway, 79.

9. Baker, 130.

francés y español, por orden de aparición en su vida, son algunos de las lenguas de las que adquirió material de aprendizaje. Aunque entre el francés y el español, creo que en ese orden, cabría intercalar el euskara. Poco después de la publicación de *Fiesta*, Ernest Hemingway adquirió un libro sobre el País Vasco continental, o francés, como se prefiera denominarlo. En francés el título no deja lugar a dudas: *Le Pays Basque: Histoire-langue-civilization*¹⁰.

Resumiendo, y a riesgo de simplificar demasiado, habría que decir que el Ernest Hemingway que escribió *The sun also rises* era un hombre joven, en el mejor sentido de la palabra, expatriado, lleno de curiosidad vital, que percibió una realidad vasca en Francia, en España, en Pamplona y en otros lugares de la Alta Navarra, aunque la plasmación que hace de esa realidad resulta un tanto incoherente. Hasta aquí he tratado de traer a primer plano algunos de los detalles de *The sun also rises*, elementos que en la leyenda fermingwayana se obvian, traicionando así a uno de los Hemingway que existieron bajo la piel de Ernest Miller Hemingway (Oak Park, 1898 –Ketchum, 1961).

10. En el listado de libros de la diversas bibliotecas que tuvo Ernest Hemingway, figura (con el número 2930): Harispe, Pierre; *Le Pays Basque: Histoire-langue-civilization*, Paris, Payot, 1929, KL (Kennedy Library).

IV

Hemingway español

Si quisiéramos levantar una leyenda vasca de Hemingway podríamos ir un poco más allá de los detalles de la lengua y los vascos de Navarra –los de la montaña, dicen en la *Guía*– y añadir que en *The sun also rises* el personaje femenino protagonista, Brett, y uno de los personajes masculinos, Mike, llevan lo que el narrador denomina a *Basque beret*, es decir, boina vasca. El propio Ernest Hemingway la llevó a lo largo de su vida –aunque Rafael García Serrano, como hemos visto, se la veía roja, de carlista de Montejurra–, al igual que calzó *Basque shoes*, una especie de alpargatas que, hay que recordar, eran una de las especialidades de Hasparren. Una buena colección de su calzado se conserva en La Finca Vigía, lugar en que lo vasco está presente en algún otro detalle más.

Para la leyenda vasca de Hemingway, podríamos seguir citando el final de la misma novela, en la que el narrador se sitúa en San Sebastián, donde se siente en España, aunque se percata de que «había una carrera de bicicletas, «el *Tour du Pays Basque*, y esa noche los co-

redores descansaban en San Sebastián». ¹ Y es que en la hipotética leyenda vasca de Hemingway, Donostia ocuparía un lugar privilegiado, como lo haría Hendaya, dos de los lugares de la geografía del *Basque Country* o *Pays Basque* –términos estrictos del narrador de *The sun also rises*– que aquél frecuentó a lo largo de los años, especialmente en los momentos en los que sentía ganas de descansar.

Son innumerables las tarjetas postales que Hemingway firmó en ambos lugares, en los años veinte, concretamente, la mayor parte de ellas dirigidas a su amigo y colega Scott Fitzgerald. Eso sin olvidar los años de la segunda seducción. Casi me atrevería a hablar de una seducción vasca. Pero no lo haré. Pongamos que era un turista curioso y se dejaba caer por aquí. Así, todos más tranquilos. Aunque matizando más, a aquel turista impenitente los viajes le aportaron el embrión de casi todas sus narraciones.

Tras el éxito de *The sun also rises*, Ernest Hemingway escribió *A Farewell to the Arms* –*Adiós a las armas*–, novela en la que la Italia que visitó como voluntario del servicio de ambulancias durante los estertores de la Primera Guerra le sirvió como marco para narrar una historia de amor y fuga, en este caso de fuga de la propia guerra. A partir de entonces Ernest Hemingway siempre volvería a Italia. Como turista, pero turista enamorado. Si bien nunca cayó en la tentación de escribir una guía de nada italiano, como tampoco le dio por escribir una guía de París. ² Pero sí cayó, según algunos, en la tentación de escribir una guía de España, a manera de enciclopedia de los toros. O viceversa, una guía de los toros a modo de enci-

1. *The sun also rises*, 235. En el original se cita la carrera en francés. En la traducción castellana dice: «Había una carrera de bicicletas: "La Vuelta al País Vasco", y los participantes llegaban esa noche a San Sebastián». Para ver San Sebastián en la novela p. 182-183.

2. Sin embargo su amor a Venecia quedaría en *Across the river and into the trees* –*A través del río y entre los árboles*– y el amor a París en *A Moveable Feast* –*París era una fiesta*– entre otros textos. Sobre que vio Italia como un simple turista, este tema lo ha tratado ya Italo Calvino.

clopedia sobre España. Era *Death in the afternoon*, o *Muerte en la tarde*.³

Muerte en la tarde puede ser interpretada de ambas maneras: como una guía turística o como una enciclopedia. E incluso como un libro «fundamental para acercarse a España», según Castillo-Puche, que se apoya en que «un crítico francés ha dicho que este libro, más que un manual sobre toros, es un manual sobre españolismo». No aclara Castillo-Puche quién fue tal crítico, aunque apostilla que «lo único que (le) molesta en esta frase es la palabra “manual” porque el libro es mucho más que manual». ⁴

Luego están los que toman el original de *Muerte en la tarde*, como una obra literaria en sí, que es lo que hacen los que obviando el tema del libro se fijan en la prosa, en inglés, del mismo. Pero, si se me permite, la manera legítima de dilucidar lo que el libro es o deja de ser sería la de dejarle que hable por sí mismo. Así, el idioma –inglés–, la editorial que publicó el libro –la habitual Scribner’s de Nueva York– y la elección del condicional *if you* para dirigirse al lector del libro, no deja duda sobre el público al que quería llegar Ernest Hemingway al escribir y lograr publicar, no sin oposición, *Death in the afternoon*: a lectores en lengua inglesa, fundamentalmente americanos, potenciales turistas e interesados, también en potencia, en los toros, sin olvidar los comentarios que van más allá de lo taurino. Eso es todo. Así que *Muerte en la tarde* sería una enciclopedia-guía sobre los toros. De los toros de España, fundamentalmente. La motivación de fondo del libro, en cualquier caso, la expone el mismo Ernest Hemingway en el primer capítulo cuando dice que «habiéndose acabado ya las guerras el único lugar donde se podía asistir en directo a la lucha entre la vida y la muerte, la muerte violenta, eran las co-

3. Se ha utilizado la edición de Arrow Books, London, 1994. La edición más reciente en castellano es la de Editorial Planeta, 1993.

4. Castillo-Puche, José Luis; *Hemingway: algunas claves de su vida y su obra*. Pág. 75.

rridas, así que deseaba ir a España a estudiar el tema». Y sigue diciendo que, por lo tanto, fue a España a ver corridas y a tratar de escribir sobre el asunto, pensando que podría ver la luz que le aportara «el sentimiento de la vida y la muerte en cuya búsqueda venía trabajando». ⁵

Antes de entrar en otros aspectos de *Muerte en la tarde*, enseguida se entenderá que cierta interpretación del libro constituye uno de los pilares básicos de la leyenda española de Hemingway, cuya derivación es la leyenda de Fermingway. Y es que la premisa primera de la leyenda española de Hemingway es que éste se enamoró de los toros, premisa cuya validez no necesitaría más demostración que la simple constatación de la existencia de un libro como *Muerte en la tarde*. Y aquí llega la segunda premisa de la leyenda, si se enamoró de los toros fue porque entendió sus aspectos rituales, que le abrieron las puertas de la mente a la percepción de aquello que es lo más profundamente español del universo, a saber, la peculiar relación con la vida y la muerte que caracteriza a los españoles. Véase sino lo que dice Carlos Clementson, que habla de «nuestra liturgia nacional», refiriéndose a las corridas de toros. Y lo hace en un contexto reciente, el del homenaje a Hemingway que se llevó a cabo en Ronda entre el 15 y el 19 de julio de 1996. ⁶ O lo que dice Castillo-Puche, que llegó a escribir que «*Muerte en la tarde* es un manual sobre españolismo». Como corolario de todo esto afirmará Stanton, que en Ernest Hemingway había un español oculto:

«Por lo tanto hay que descubrir no sólo la figura en el tapiz, sino también el envés del tapiz español que tejió Hemingway; no sólo las cosas secretas, sino también su propio mito secreto, los sueños de sí mismo y de Espa-

5. Death..., pág. 2.

6. *Hemingway desde España*, págs. 51-80.

ña: el español oculto y la España oculta que había en él». ⁷

Así pues, un español oculto bajo la piel del gigante americano. Castillo-Puche fue más lejos y escribió que Ernest Hemingway fue un escritor español nacido en América. A partir de ahí ya faltaría poco para llegar hasta Fermingway. De eso va la tercera y última premisa de la leyenda fermingwayana, derivada, como decimos, de su leyenda española. Esta tercera premisa consiste en afirmar que la quintaesencia de lo taurino –en tanto en cuanto se presenta así en su vertiente celestial de arte del toreo como en su vertiente terrenal de goce del encierro– y por tanto la esencia del españolismo, se presenta cada año por San Fermín, en Pamplona. Si alguno pudiera creer exagerado lo relativo a la segunda premisa, preparándose así para negar la tercera, es que no ha leído a dichos autores.

En el capítulo de su libro dedicado específicamente a interpretar *Muerte en la tarde*, Stanton nos recuerda que Robert Jordan, protagonista de *Por quién doblan las campanas*, dice «lo que había descubierto de España en diez años de viajar por ella, a pie, en vagones de tercera clase, en autobús, a caballo o en mula y en camiones». ⁸ A partir de ahí Stanton interpreta que eso que había descubierto en diez años fue lo que Ernest Hemingway quiso meter en *Muerte en la tarde*. Es decir, no sólo los toros, sino todo, especialmente «lo secreto». Y, sigue interpretando, Ernest Hemingway quiso poner en conocimiento de los otros lo que él había descubierto de «secreto» en España:

«Las corridas de toros habían sido para el escritor la llave mágica que le abrió secretos de la vida española. Aunque la llamada “fiesta nacional” sólo tiene que ver directamente con una pequeña minoría de la población,

7. Stanton, 139.

8. Tomado por Stanton de *Por quién doblan las campanas*. También los siguientes párrafos entrecomillados están tomados de Stanton, pág. 135 y 139.

y algunos la detestan como una vergonzosa y degradante reliquia de un pasado primitivo y “africano”, no cabe duda que innumerables aspectos de la vida peninsular están unidos a imágenes, recuerdos y giros nacidos del toro y la corrida».

En apoyo a su tesis, Stanton cita un párrafo de Gala en *Charlas con Troilo* –nombre de uno de sus perros, por cierto– donde el escritor español dice que «en España, desde las seculares tradiciones hasta su mismo contorno geográfico; desde sus virtudes raciales, hasta el jocundo desgarrar de su idioma, casi todo se halla... en relación con los atributos y la figura del toro». Claro que Gala cuando habla del «desgarrar de su idioma», refiriéndose al de España, habla del castellano, creemos. Luego lo que dice tan sólo valdría para ese idioma, que no es el único de la península configurada, ¡oh, destino simbólico!, como una piel de toro. Menos mal que para atemperar un poco el exabrupto, más adelante, el mismo Stanton, habla de «los pueblos hispanos», que no especifica cuáles pueden ser, pero de los que, sin embargo, dice que «consideraban sagrado al toro desde tiempos primitivos». Pero a estas alturas esa aclaración pasa a un plano secundario. Aquí lo que interesa es saber cuáles son esos «secretos» de los que la llave la tendría el festejo taurino, secretos que Hemingway habría revelado en *Muerte en la tarde*:

«Hemingway reconoció de entrada, con su intuición habitual, que los españoles aguzaban el sentido de la vitalidad al no ignorar la muerte, viviendo con más intensidad que otros pueblos. En el importante capítulo sobre la suerte de matar, el autor explicó la aceptación de la mortalidad por los hispanos como una cuestión de sentido común, como una parte del proceso de vivir, mofándose de la actitud inglesa o francesa de querer vivir sólo para la vida, con el resultado de descubrir la muerte demasiado tarde, únicamente al estar ésta a punto de llegar. Al americano le parecía que la actitud de los españoles era más sana y más consecuente consistente con su propia experiencia antes y después de la

guerra». Aquí se podría decir que la guerra, en lo referido a su relación con la muerte, sería la prolongación de los toros por otros medios, como dice García Serrano, o viceversa.

Parece que Stanton ya ha descubierto lo esencial de lo español: la relación peculiar con la muerte. Aunque su cita se podría atribuir a la influencia de uno de los clichés que conforman el “mito del carácter nacional”, como lo definió Julio Caro Baroja, él va más allá, hasta afirmar que «la originalidad de Hemingway consistía en proporcionar a la muerte y a la inmortalidad las connotaciones religiosas de los grandes escritores católicos, como San Juan de la Cruz, sin aludir a Dios, al cielo o al más allá». Todo eso debe estar, según Stanton, en «*Muerte en la tarde* y todas las obras taurinas de Hemingway, que han conservado en parte su frescura porque no están cargadas de alusiones religiosas, históricas y culturales». Claro que Stanton no quiere recordar a Jake Barnes en *Fiesta*, rezando por los toreros, es decir dejando el destino en mano del dios único de la fe católico-romana. Algo que los mismos toreros hacen, por cierto, como bien sabrán los que tengan una mínima noción de los preparativos que suelen llevar a cabo antes de las corridas. Será que el torero inconscientemente celebra un rito ancestral, precristiano, si se quiere, pero conscientemente se encomienda a dios, la virgen y cuantos santos haga falta. En este sentido, toreo y catolicismo van, han ido durante mucho tiempo, de la mano. Por algo el Nacional Catolicismo convirtió al toreo en La Fiesta Nacional.

Muerte en la tarde es un libro que sigue encandilando a muchos, especialmente en inglés. Una clave estaría en la prosa en sí, que en el original suena muy diferente a como suena en castellano. Y, lo que es más importante, otra clave sería la implicación del autor en el texto, utilizando lo que Stanton, que lo toma a su vez de Baker, denomina «el axioma Narciso». Este axioma consiste en la suposición del escritor de que los pormenores de su vida deberían atraer el interés del lector como atraían el suyo propio. Dicho de otra manera, el libro, como un es-

pejo, muestra el rostro del autor, casi hasta en la más mínima arruga. Así, *Muerte en la Tarde* comienza en primera persona, con una frase que impone el tono en toda la obra: «La primera vez que (yo) fui a una corrida de toros...». Ese «yo fui» marca lo que será el libro: será un monólogo en primera persona del singular, dirigido a un hipotético interlocutor al que se le dice *if you go...*, «si vas...», interlocutor que se supone que sí, que va a ir a los lugares que el narrador le propone, por lo que éste narrador, situándose en un plano superior con respecto al lector, puede desplegar todos sus conocimientos sobre el tema propuesto. En este caso el tema es la corrida. Para paliar el “efecto Narciso”, Ernest Hemingway, establece a veces un diálogo con una Anciana Señora, *Old Lady*, encargada de presentar al autor la objeciones pertinentes, lo que no hace sino aumentar la sensación de que el libro es una guía didáctica.

Dejando a un lado el análisis de *Muerte en la tarde*, quiero destacar este aspecto del escritor como Narciso, porque me parece que es una de las claves del éxito de las obras de Ernest Hemingway en Estados Unidos. En principio la clave está en algo tan sencillo como la fórmula del cuba-libre. Se trata de ofrecer la mezcla de algo genuinamente americano y algo genuinamente exótico, de manera que en lo genuinamente americano –el protagonista principal– el lector se vea retratado como en un espejo, y de manera también que lo exótico le atraiga con tal fuerza o encanto que no se aburra viendo una vez más su rostro retratado en un libro. En las obras así construidas, en todas las novelas de Hemingway, lo genuinamente americano son los protagonistas; lo exótico, los lugares en que se desarrolla la acción. Como decimos, esto provocaría en el lector –al menos en el americano– una identificación casi inmediata con el protagonista. Y ésa es una de las fórmulas, dicen, del éxito en literatura: la de lograr que el lector –la de Hemingway es una literatura de protagonistas masculinos– se identifique con algún personaje. Aunque no se nos puede escapar que en el caso que nos ocupa, además de la clave nacional

de identificación con los protagonistas, hay una clave de identificación potentísima en toda la obra de Hemingway: casi toda ella es androcéntrica, es decir, que está dominada por una pulsión masculina que puede incluso rozar el machismo. Es más, los sanfermines de Ernest Hemingway son los del macho. Stanton ya lo percibe, pues dice aquello de «vivir en el tradicional mundo masculino del toreo sin beber sería poco normal». Fue él quien, al final casi de su vida, en *El verano sangriento*, escribió que «los sanfermines no son fiestas para ir acompañado de la propia esposa». Así, Hemingway, como su germen Ernest Hemingway, es macho. Pero Ernest Hemingway era genuinamente americano, en la tradición de cierto modelo hollywoodiense. Y obtuvo éxito en la más genuina tradición del modelo del éxito propuesto por Hollywood en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Un Hollywood que, no es casual, le ayudó a hacerse rico. En el siglo de la colonia global americana, las películas basadas más o menos fielmente en obras de Ernest Hemingway triunfaron. Algunas lo hicieron hasta en la Nueva España nacida del 18 de julio, la que fuera Reserva Espiritual de Occidente.

Redundando en la fórmula de éxito modelo cuba-libre con la que Ernest Hemingway afrontó sus novelas, ya hemos visto que en *The sun also rises* los protagonistas son todos americanos, o ingleses, excepto el torero que aparece al final de la novela y que, ya es casualidad, se lleva a la chica, Brett. Pamplona es el *ethos*, al lugar ideal para que el drama interior de los protagonistas se desencadene; presencia de la sombra de la muerte, ebriedad báquica, pérdida de las connotaciones represivas del entorno habitual, erotismo que desborda las barreras de género, son algunas de las características de las fiestas de San Fermín en Iruñea.

En *A farewell to the Arms –Adiós a las armas–* el paisaje es también exótico: la Italia de 1918, a las puertas de la gran derrota en la Primera Guerra mundial. El *ethos* es incluso más dramático que el de Pamplona, en cuanto a presencia de la muerte y a la pérdida del peso que so-

bre los personajes hubiera ejercido su propio entorno en otras circunstancias. Se trata de que están en otro lugar, *in another country*, como tituló el mismo autor uno de sus relatos. En cuanto al personaje masculino principal, es Frederick Henry, un conductor de ambulancias estadounidense.

Sobra decir que el *ethos*, el lugar de *For whom the bell tolls* –*Por quién doblan las campanas*–, es la República de España durante el periodo de 1936-1937, aunque cabe apuntar que el héroe de la misma, Robert Jordan, es americano. Lo digo por si al leer el nombre de Roberto Jordan en ciertos escritos fermingwayistas alguien haya podido creer otra cosa.

Americano es también el coronel de *Across the river under the trees* –*Al otro lado del río, bajo los árboles*–, un hombre que espera la llegada de la muerte en Venecia, acompañado de una hermosa mujer joven, Renata, trasunto, dicen, de la Valeria Ivancevich que el autor conoció en Italia, *ethos*, como digo, de la novela.

No quisiera abundar hasta la náusea, que se dice en estos casos, pero hasta en *The old man and the sea* –*El viejo y el mar*–, localizada en Cuba, el personaje central, que en principio es cubano, tiene su truco americanizante. Ernest Hemingway, que tiene claro en qué lengua escribe y qué lenguaje utiliza, lo cual es como decir que “ve” a sus lectores, emplea un truco de camuflaje y seducción. Santiago, personaje cuyo embrión el autor ya poseía antes de que Gregorio Fuentes apareciera en su vida, habla de béisbol con el muchacho de la historia, lo que, dirá alguno, tampoco es tan raro tratándose de Cuba, no en vano los de la isla están por encima de los propios creadores del juego. Es verdad. Pero el truco está en que el viejo habla de Dimaggio, con lo que el lector americano siente al personaje de Santiago tan próximo como a un pescador de, pongamos por caso, Florida.

Es este sentido, tiene menos truco el personaje de *Islands in the stream*, Hudson. Es gringo, vive en Cuba, y

punto. Como el de *To have and to have not*, Harry Morgan. Aunque en las dos novelas el *ethos* es el mar Caribe. Un lugar ni tan exótico como Italia o España, ni tan cercano como Michigan.

Para poner fin a esta excursión por los paisajes y el paisanaje principal de las novelas de Ernest Hemingway, habría que recordar que el paisaje exótico de *Gardens of Eden* –*El jardín del Edén*– es el sur de Francia, y en varias veces aparece Hendaya. Los personajes, una vez más, tres turistas americanos.

Tras esta larga excursión, y volviendo a *Death in the afternoon*, ahora está más clara la importancia de la utilización de la primera persona en esta obra. Aquí Ernest Hemingway es él mismo. Y quiere demostrar que sabe de toros tanto como el que más. Aunque los que por entonces sabían más no podrían leer el libro –en español al menos– hasta 1966. Y además en versión incompleta. Cosas de la censura. No hay que olvidar que también metió mano en *Adiós a las armas* en su primera edición española, publicada en 1955.

Sobre el origen del libro, ya hemos dicho que Ernest Hemingway vio claro la posibilidad de que fuese una guía para viajeros inquietos, o simplemente curiosos. Si como se ha dicho en el capítulo anterior, citando a Stanton, España era el territorio que el autor había descubierto para sí, «una mina sin explotar» según el mismo autor, la lidia sería su oportunidad de ofrecer algo que nadie antes le había ofrecido. Así se lo dijo a su editor, Maxweel Perkins, en carta fechada en París el 6 de diciembre de 1926:

«Va a ser largo de escribir porque no es un mero libro de historia ni un libro de texto ni una apología del toreo, sino por el contrario, si fuera posible, el toreo-ensí. Por ser una cosa de la que nadie sabe nada en inglés me gustaría tomarlo primero desde afuera –cómo sucedió que me interesara en ello, cómo me parecía antes de verlo, cómo era cuando no lo comprendía, mi propia experiencia con ello, cómo afecta a los demás, el lento

descubrimiento— y tratar de construirlo desde afuera para entonces meterse hasta adentro con capítulos sobre cada cosa. Puede que interese a la gente porque nadie sabe nada de ello —y realmente es muy interesante— siendo cuestión de vida y muerte... Pienso que un libro verdaderamente auténtico, si estuviera bien escrito, sobre la única cosa que, con la excepción de la liturgia de la iglesia, ha llegado hasta nosotros intacta desde los viejos tiempos tendría cierto valor permanente».⁹

El libro iba a ser el resultado de ocho años de trabajo, los que van desde 1922, año de su primera corrida, hasta 1932, en el que su publicó. Por tanto, ocho años de trabajo, de los cuales pasó varios meses en España. No tantos como para que Castillo-Puche pudiera decir que durante este tiempo «vería miles de corridas, tomaría miles de notas, con tenacidad y paciencia, y el resultado fue —aparte de sus novelas como *Fiesta* o *Por quién doblan las campanas*— ese libro titulado *Muerte en la tarde*, un libro que permaneció desconocido en España durante más de un cuarto de siglo y que es un libro, además de bellissimo, fundamental para cualquier acercamiento inteligente a Hemingway ya a los toros».¹⁰ No es que no pudiera ver miles de festejos, es que tampoco pudo ver 1.500 corridas, como el mismo Castillo-Puche, más moderado esta vez, escribió en otra publicación.¹¹ En este segundo caso debería haber asistido a 200 festejos taurinos cada año, lo que supondría dar por hecho que el año 1931, por ejemplo, en el que permaneció tres meses en la península, habría visto una media de más de dos festejos al día. Valga para calibrar el margen de fiabilidad que merecen los datos aportados por los que pretendían defender a capa y espada a un Ernest Hemingway experto en temas taurinos. Sacadas las cuentas, Ernest Hemingway pasó cerca de 400 días en la península, entre 1923 y

9. Carta de Ernest Hemingway a Maxweel Perkins, in *Baker*, EH: *Selected Letters*, págs. 236-237.

10. Castillo-Puche, *Hemingway algunas claves de su vida*, página 75.

11. Ernest Hemingway, Círculo de Bellas Artes de Madrid.

1931, año en que entregó *Muerte en la tarde*.¹²

Lo que sí hizo Ernest Hemingway en esos ocho años fue acumular material sobre el toreo, la tauromaquia, lo taurino o como haya que llamar al tema sobre el que gira

12. En realidad, entre los años 1923 y 1931, en el que entregó el original de *Death in the afternoon*, habría pasado unos cuatrocientos días en la península.

El año 1923 Hemingway estuvo en Madrid; salió de París el 1 de junio y el 17 estaba de vuelta, para asistir al combate Siki-Morelle en el velódromo. El 6 de julio salió de París para sus primeros safermines; estaba de vuelta el 17. En total, siendo generosos, unos 25 días para ver toros.

Estaba de vuelta el año 1924. Llegó a Pamplona el 26 de junio. El 27 estaba en París. Fueron unos 30 días de estancia.

En 1925 un grupo tomó el tren en París el 25 de junio, se fue a pescar al Iratí, y el 2 de julio estaba en Pamplona. Las corridas duraron hasta el 13 de julio. Ese día él y su esposa Hadley, salieron para Madrid. Después viajaron a Valencia. Entre el 4 y el 7 de agosto volvían a estar en Madrid. El 8 y el 9 de agosto estaban en San Sebastián. Del 10 al 17 estuvieron en Hendaya. El 18 estaban en París. En total, un mes y tres semanas de viaje. No hay que olvidar que durante esos días escribió *Fiesta*. ¿Cuántos festejos taurinos pudo ver?

Al año siguiente, 1926, se presentó en Madrid, solo, dejando a su esposa al cuidado de su hijo enfermo, hacia el 14 de mayo. El 28 de ese mes acude a la llamada de su esposa a Antibes, Francia. Son 14 días de intensos festejos: Feria de San Isidro. El 1 de julio llega a Pamplona en compañía de los Murphyy y de Pauline, su amante y futura esposa. El 15 de julio los Hemingway están en la pensión Aguilar de Madrid. El 24 están en Valencia. En agosto –día sin determinar– los Hemingway están en Antibes. Serían dos meses de cierta intensidad en los festejos. 60 días.

En 1927 cruzó la frontera el 1 de julio, acompañado de su nueva esposa, Paulina, tras contraer matrimonio el 10 de mayo en la iglesia de St. Honore d'Eylan, por el rito católico romano, habiendo obtenido la dispensa del Arzobispado de París. Del 6 al 12 están en Pamplona. El 12 van a San Sebastián, para siete u ocho días. Luna de miel. A partir de ahí viajan por la península, y posiblemente estuvieran en Bilbao entre el 21 y el 24 de agosto. El 1 de septiembre están en Hendaya, quizás por tres semanas. El 24 de septiembre están en París. Estancia de dos meses, unos 60 días.

En 1928, nada pudo ver en la península, pues no viajó a ella.

En 1929 Hemingway y su grupo llegaron al hotel Quintana el 6 de julio (Pauline se quedó en la costa). El 18 Hemingway visitó a Miró en Montroig, Tarragona. El 25 estaba en Valencia. El 31 salió para Madrid, y de aquí se fue a Hendaya el 12 de septiembre. Dos meses y una semana. 67 días.

En 1930, en contra de lo que dice Castillo-Puche, Ernest Hemingway no se presentó.

El año 1931 Hemingway, Pauline y el hijo de ambos, Patrick, llegan a Madrid el 6 de junio. El 5 de julio de vuelta en Hendaya. Del 6 al 14, sanfermines. El 15 de vuelta en Hendaya. 10 días. El 30 de julio Ernest Hemingway está en Valencia. Se va al día siguiente. Del 3 al 7 los Hemingway están en Santiago. El resto del mes se lo pasan viajando por España. El 31 de agosto están en Madrid. El 7 de septiembre Ernest se queda solo. El 29 llegan a Nueva York. En diciembre da por terminado *Death in the afternoon*. Unos tres meses, apenas 90 días.

En total, 397 días. Redondeando, 400. Todo esto sin considerar las corridas a las que pudo haber asistido en el ámbito de la República de Francia.

Muerte en la Tarde. En el catálogo de sus bibliotecas aparecen más de 150 obras sobre el tema, me atrevería a decir que algunas de ellas de coleccionista. Aunque no sé del tema, tan sólo por las fechas de edición de algunas supongo que exigieron una gran labor de búsqueda por rastros y librerías de viejo.

Fueron ocho años en los que el joven Hemingway pasó de la nada a la gloria. Y había madurado, digámoslo así. En 1932 ya no era el recién casado que iba a París en compañía de su primera esposa –Hadley–, y que habiendo quedado preñada él quiso que le acompañara a los festejos y se la llevó a Pamplona por si la presencia de los toros ante su vientre germinado pudiera ejercer alguna influencia positiva en el feto. Ya no era aquél que quedara tan impresionado por el torero Nicanor Villalta, que hasta a su hijo le puso de nombre John Nicanor. Para entonces ya se había casado por segunda vez –con Pauline Peiffer, y había tenido dos hijos más: –Patrick y Gregory, y su padre ya se había suicidado justo en el ecuador de esos años, en 1928, cuando él empezaba a tocar el cielo de las superventas por primera vez con *Fiesta*. La segunda vez sería con *Adiós a las armas*, la novela de éxito llevada al cine con Gary Cooper como galán aquel mismo año 1932 en que se publicaba *Muerte en la tarde*. A partir de ahí él ya era rico, y empezaban los problemas con los impuestos, en España había República y las cosas marchaban bien para todos.

Hubo más cambios durante aquellos ocho años. Pasó de pescador de truchas en Irati a pescador de peces espada en Cuba, y dejó de ser cazador de patos salvajes en Michigan para ser cazador mayor en África. Aunque lo de Cuba es más importante. Porque algunos han escrito que si Ernest Hemingway se fue a Cuba lo hizo para ir en la búsqueda de un bálsamo que suavizase su ausencia forzosa de España, confundiendo así la realidad de las fechas de los hechos y las motivaciones íntimas de aquél con sus deseos o sus sueños. Me refiero a los defensores de un Hemingway español. En realidad, si su decisión de alejarse de los toros no estaba ya

tomada cuando entregó al editor *Muerte en la tarde*, al menos parecía intuir que algo así iba a ocurrir, ya que en el capítulo primero del libro, al hablar de los motivos que le impulsaron a escribirlo, dice que «podría ser que estuviera por un tiempo alejado de los toros y por tanto he querido escribir lo que a día de hoy sé sobre el tema».

Qué lugar tenía en mente, ahora, a toro pasado, no es difícil saberlo. Para entonces Ernest Hemingway había descubierto la pesca de peces bravos, y se había trasladado a Cayo Hueso, Florida, desde donde se había ido aproximando a Cuba. Siempre arrastrado por la pita de pescar de la que tiraban los peces bravos que en inglés llaman *marlin*, es decir, pez espada. Y le gustó. Tanto que hasta se fue a vivir por temporadas a Cuba. Hasta allí se llevó su barco, *El Pilar*.

Y empezó ya a escribir sobre faenas de pesca, que llegaban a durar hasta cinco horas. Ante esto ¿dónde quedaba lo de los toros? Y no sólo estaba la pesca de bravos. De hecho, últimamente había estado viviendo en el hotel Dos Mundos, en La Habana Vieja, disfrutando por las mañanas de la escritura, y después de los *high balls* –*jaibols*, o *jaibolak*, que decían allí los vascos– y los night club. Su segundo gran éxito comercial, *Adiós a las armas*, publicado en septiembre de 1929, lo escribió entre su casa de Cayo Hueso y el hotel Dos Mundos de La Habana, ciudad en la que además de escribir y beber, frecuenta los frontones de Jai-Alai, en los que posiblemente por esta época se reencuentra con algunos de los pelotaris que había conocido en Chicago –como veremos– y a otros nuevos, como Patxi Ibarluzea, uno de los grandes amigos del escritor a partir de entonces. Pero sobre todo, hay que decirlo, estaba en Cuba para disfrutar de la pesca. Así, el 7 de julio de 1933, iba a pescar un pez espada de 750 libras, en compañía de Carlos Gutiérrez, quien por aquel entonces era su marinero favorito.

«Carlos Gutiérrez empezó a la mar con su padre, cuando solo tenía seis años. En estos últimos quince años ha embarcado más peces espada que cualquier pescador profesional del puerto de La Habana, fuera de Casa-

blanca», tal y como escribió él mismo.¹³ Aquel de Carlos Gutiérrez iba a ser un pez histórico.

Gutiérrez, además de estupendo pescador, parece que era también un gran narrador oral. Era capaz de contar hechos reales, comenzando por la guerra de los mambises, siguiendo con la de Independencia de 1898, unir las a las historias de principios del XX y llegar hasta el momento en que vivían, sin que nunca se supiera, dicen, si lo que contaba era fruto de su imaginación o pura historia. Ambas cosas, posiblemente. En cualquier caso, Ernest Hemingway se iba empapando de historia de Cuba y de la idiosincrasia de lo cubano. Así, entre los sucedidos que Carlos Gutiérrez relató a Ernest Hemingway aquel verano de 1933 destaca lo que cuenta en “Marlin off the Morro: A Cuban letter”, publicado en *Squire* el otoño de aquel año. Sería el mismo Carlos Gutiérrez el que le daría el embrión de la historia que, una vez escrita –*El viejo y el mar*–, resultaría ser el espaldarazo definitivo para conseguir el Nobel de Literatura. Lo cuenta el mismo Ernest en “On the blue water: A gulf stream letter”, publicado, cómo no, en *Squire*, en abril de 1936. Era la historia de un viejo pescador solitario que pescó un gran pez y antes de llegar a puerto se lo comieron los tiburones.

Y así llegamos a 1936. El año en que a España se le heló el corazón. La que bostezaba se unió a la que moría, ésta se reavivó y la España que Machado no vio, la que ni bostezaba ni moría sino que nacía, acabó muriendo al cabo de una guerra de tres años. El «español oculto en Hemingway» tuvo que elegir. Y eligió.

13. Bay-line, 239.

V

La capital del mundo

La capital de mundo –*The capital of the world*–, así bautizó a Madrid Ernest Hemingway a través del título de uno de sus relatos. El relato, escrito durante los primeros meses de 1936, llevaba en principio el título de *Los cuernos del toro*, y así fue publicada por primera vez. Sin embargo, para cuando se reeditó, allá por el mes de abril, el relato había cambiado de título. El motivo del cambio parece tener cierto calado. De puras ganas de regresar a Madrid Ernest Hemingway vive sin vivir en sí, lo que le hace sentir que Madrid es la capital del mundo. Aunque ya no es lo mismo. Madrid es otro Madrid.

Justo después de los sanfermines, el 18 de julio, los conjurados –militares africanistas y algunos otros más, fascistas como Falange, reaccionarios como los requetés– dieron un golpe de Estado. Y es necesario que recordemos los sanfermines puesto que para algunos navarros, como Rafael García Serrano, los de aquel año fueron la muestra de lo que iba a haber que correr en los próximos casi tres años.

Si bien parece que el escritor hubiera querido personarse cuanto antes en el lugar de los hechos, tendrá que esperar hasta noviembre antes de recibir la invitación de la NANA (North American Newspaper Alliance), responder que sí a la propuesta de acudir a España como corresponsal y, una vez arreglados los papeles, poder viajar a la capital del mundo.¹

Ernest Hemingway firmó su contrato de corresponsal en enero de 1937, y con él en el bolsillo, el 27 de enero ocupa uno de los camarotes del París, a punto de partir del puerto de Nueva York con rumbo a Europa. El escritor lo está deseando, aunque para ello tenga que aplazar sus proyectos. Menos mal que el año anterior, el maldito 1936, había sido extraordinario.

En enero salió “Wings always over Africa: An ornithological letter” en la revista *Esquire*, una condena expresa de la invasión de Etiopía por parte de Italia. Luego siguió trabajando en las historias de Harry Morgan, que va publicando a un cierto ritmo, pero que ya tiene en mente reunir en un único libro, que posteriormente se publicaría bajo el título *To have and to have not*. Pero de cara al futuro serían *The snows of Kilimanjaro* –*Las nieves del Kilimanjaro*– y *The sort happy life of Francis Macomber* –*La feliz vida breve de Francis Macomber*– las obras más importantes que publicara aquel año. Además en abril había publicado *On the blue water: A gulf stream letter* –*En las aguas azules: carta desde la Corriente del golfo*–, trabajo en el que tenemos ya más desarrollada la historia de *El viejo y el mar*. Todo bastante antes de que Ernest Hemingway hubiera oído hablar de Indalecio Tribisarrospé, solitario pescador de Mundaka, del que se dijo que estaba en el origen del personaje de Santiago. Y, por qué no decirlo, antes también de que hubiera conocido a Gregorio Fuentes, quien más tarde se haría cargo de *El Pilar*, y del que se sigue diciendo que Santiago está inspirado en él. En realidad la

1. Salvo que se indique otra fuente, los datos biográficos están tomados de: Baker, Carlos; *Ernest Hemingway*, < Scribner's Nueva York, 1969. Reynolds, Michael, *Hemingway: An Annotated Chronology*, Omingrahsics, Inc. Detroit, 1991.

idea de la novela se la dio el encargado de *El Pilar*, Carlos Gutiérrez, como ya hemos dicho. Aunque tampoco ha faltado quien ha reclamado la autoría de la idea original. Así, Henry Strater,² amigo del escritor en la época de Cayo Hueso y Bimini, declaraba que fue él, quien en cierta ocasión pescó un enorme pez espada, tan grande que Ernest Hemingway quedó impresionado. Se hizo tomar fotografías junto al pez, de manera que pudiera parecer que lo había pescado él, y más tarde vino toda la historia del viejo.

Dejando a un lado estas historias de paternidad de criaturas tan sutiles como los personajes literarios, en esta época la vida de Ernest Hemingway se mueve entre las aguas del Caribe, desde Cayo Hueso hasta la gran corriente del Golfo, y las nieves de África –para comprobarlo, basta con mirar los títulos de sus obras–, mientras su corazón parece dividido entre el amor a su esposa y la pasión por una tal Jane Mason, sin olvidar a la rubia de piernas largas que ha conocido durante las últimas navidades. En Cayo Hueso, precisamente. Así que llega a Francia con la esperanza de que quizás el silbido de las balas puede ayudarle a ordenar su vida.³

Nada más desembarcar se va a París, la ciudad del mundo hemingwayano. Tras dejar la ex-capital, se dirige a Toulouse, donde toma un avión que lo lleva a Barcelona, el 16 de marzo de 1937, donde a su vez toma otro vuelo hasta Albacete para, finalmente, llegar a la capital de la República, Valencia, en autobús. Ahí escribe quinientas palabras y las envía a la NANA. Aunque en ellas nada cuenta de la guerra, son sus primeras palabras acerca de la guerra. Palabras que le reportan unos buenos dólares, por supuesto.

2. Strater, Henry, *The True Gen*, págs. 92-93.

3. Una descripción bastante completa de la relación entre Ernest Hemingway y sus mujeres en: Kert, Berenice, *Hemingway's Women*, W. W. Norton & Company, New York, 1983.

Tras cuatro días en Valencia, donde el Gobierno de la República le facilita la documentación necesaria para moverse libremente por sus territorios, Ernest Hemingway se dirige a Madrid, la capital del mundo. Lleva en sus bolsillos dos cartillas de racionamiento, cada cual más importante. La de la comida y la de la gasolina. Incluso el automóvil que lo conduce a Madrid ha sido puesto a su disposición por la República. No se trata de un don nadie. El escritor, que llega como corresponsal, incluso tiene su propio chófer, gracias a la intermediación de Constancia de la Mora. En una especie de acto de acción de gracias, el escritor escribirá *The "chauffeurs" of Madrid*, su elogio de los chóferes de la capital del mundo. Y todo ello lo ha conseguido en uno de los momentos más álgidos de la guerra. Desde el día 8 de ese mes de marzo está teniendo lugar una tremenda batalla que pasará a la historia con el nombre de la batalla de Guadalajara.

Aunque para cuando el escritor corresponsal llega a Madrid la batalla parece ya finalizada, él no se para en barras. Quiere acudir al frente. Lo hace acompañado de, ahí es nada, Hans Kahle, Ludwig Renn y el cineasta Joris Ivens, tal y como se puede comprobar en las fotografías del momento. Están tomadas en Brihuega, donde tienen su cuartel general las Brigadas Internacionales. El zurrón de ideas del escritor ya ha empezado a llenarse. Pronto tendrá el material necesario para *Spanish Earth*, la película que rodará Joris Ivens, y a la que él pondrá la palabra y la voz.

Es interesante aclarar que la batalla de Guadalajara tuvo algo de guerra civil entre italianos ya que, además de la archiconocida participación de las tropas fascistas de Mussolini en el bando rebelde –en el caso de la batalla que no ocupe el primer ataque lo había realizado al 2ª División Acorazada Fiamme Nere– en el bando leal luchaban los voluntarios italianos de las Brigadas Internacionales, de los que poco se ha dicho.

Dentro de sus dimensiones, la batalla de Guadalajara debió de haber servido para mostrar al mundo algunos datos importantes sobre la guerra en curso. La

importancia de la participación de la Italia fascista, por ejemplo. Todo el mundo sabía de la importancia de tal intervención, pero el comité de No Intervención seguía ciego y sordo a la realidad. Ahora, por fin, tenían un montón de material de guerra italiano convertido en chatarra a la vista amontonada en los campos de Guadalajara; e incluso material en buen estado, abandonado por las fuerzas del general Coppi en su retirada. Pero el Comité de No Intervención no querrá ver lo que tiene delante.

Por su parte, Ernest Hemingway se muestra entusiasmado con la batalla, y escribe para la Historia.

«Es imposible no enfatizar la importancia de esta batalla, donde los batallones españoles, compuestos principalmente de muchachos apenas formados el último noviembre, no sólo lucharon obstinadamente en defensa junto a otras tropas más veteranas, sino que atacaron en una complicada y perfectamente organizada operación militar sólo comparable a las mejores de la Gran Guerra».

El párrafo está tomado de la crónica firmada el 28 de marzo en Madrid. Por lo demás, la valoración real de la importancia de tal batalla en los anales de la Historia, se me escapa. Lo que es evidente es que Ernest Hemingway, además de hacer periodismo y profetizar, también quiere hacer literatura, como muestra en el siguiente párrafo referente a la batalla, a la que llegó cuando casi –seamos generosos– había acabado.

«Era un día luminoso y claro en las rojas colinas al norte de Guadalajara, cuando llegamos al borde rocoso de una meseta, donde una carretera blanca bajaba serpenteante hacia un valle empinado, y mirábamos a las tropas fascistas en una meseta que subía por el estrecho valle».

Aquí hay ya un aire de lo que será la prosa de *From whom the bells toll* –*Por quién doblan las campanas*– la obra de la gran polémica española de Ernest Hemingway. Polémica de ámbito reducido, si tenemos en cuenta que la

novela no se iba a publicar en España hasta 1968. Sin recortes de la censura, por cierto. Pero volviendo a lo que ahora interesa, Ernest Hemingway, que desde niño ha manifestado una gran afición por el arte de la guerra, tiene en ésta de Guadalajara la batalla soñada por cualquier estudioso, parece ser.

«Este corresponsal que ha estado estudiando la batalla durante cuatro días, revisando las posiciones sobre el terreno, con los comandantes que la dirigieron y los oficiales que lucharon en ella, y siguiendo las huellas de los tanques, declara rotundamente que Brihuega tendrá lugar en la historia militar junto a otras batallas decisivas en el mundo».

Ernest está contento. Nada más llegar ya ha sido no sólo testigo sino también analista de una batalla, que según él mismo, pasará a la Historia. Desde luego que él sacará provecho de lo visto y hablado con sus protagonistas –los generales Lucaks, El Campesino y Lister, por ejemplo; o el vasco Ortega–, como quedará reflejado en *Por quién doblan las campanas*.

Ironías aparte, la de Guadalajara ha sido una hermosa victoria para el bando de la legalidad republicana. A partir de aquí los republicanos podrán cantar orgullosos aquello de «Guadalajara no es Abisinia». En realidad estamos ante el canto de cisne de la República en cuanto a victorias militares. Por otro lado, la preocupación es que la tal batalla les ha hecho perder la iniciativa en la guerra, y considerando que quien tiene la iniciativa en sus manos tiene media guerra ganada, están pensando en cómo retomarla. Claro que a los sublevados les hace falta una Abisinia. Un lugar donde apuntarse una victoria importante que les devuelva el dominio de la guerra.

Mientras los sublevados están pensando en el lugar idóneo donde dar cual el golpe, Ernest Hemingway vuelve de Guadalajara a Madrid, donde le esperan agradables placeres carnales.

La misma noche de su llegada, mientras cena como puede en el sótano del hotel Florida, sito en la Gran Vía,

llega su gran amigo, el torero de Brookling, Sidney Franklin, en compañía nada más ni nada menos que de la rubia de piernas largas que conoció en Cayo Hueso, Marta Gellhorn. Vienen sucios de barro y con el aliento cortado. Los dos acaban de llegar desde Valencia, aunque cada uno por su lado. A la mañana siguiente Martha Gellhorn parecerá otra mujer. Más joven. Así la vieron aquella mañana los encargados de suministrarles gasolina, alojamiento y salvoconductos, y que además se ocupaban de la censura. El escritor Arturo Barea e IIs Kulcsar, se sorprendieron al verla recién levantada, sonriente y como un pimpollo.

La rubia zanquilarga estaba en Madrid y en compañía de Ernest Hemingway. Aunque en la ciudad todo se llega a saber, parece que al principio nadie sabe nada de lo que se cuece entre los dos periodistas americanos. Se habían conocido el pasado diciembre de 1936, en la barra de un bar de Cayo Hueso, Florida, el Sloppy Joe's, local que figura ya en la leyenda hemingwayana universal. Es decir, en parecidas circunstancias en las que conoció a Jane Mason.

Parece ser que, antes de verse aquella primera vez, Ernest Hemingway conocía ya algo del trabajo de Gellhorn como novelista y periodista, en especial el por entonces aún reciente *The trouble I've seen*, recopilación de reportajes periodísticos acerca de los submundos de necesidad, pobreza y marginación existentes dentro del opulento mundo americano. Algo que, sin duda, debía interesar al Ernest Hemingway periodista.

Cuentan que, a partir de aquel encuentro inicial, se habían estado viendo esporádicamente, y que a veces soñaban un mismo sueño bajo el cielo estrellado de Florida: ir como corresponsales de guerra a España. A partir de ese momento dos pasiones parecían habitar en él: España y Martha –cariñosamente *Marty*– le gritaban ¡ven!

Aunque Ernest Hemingway ya tiene dos hijos con su segunda mujer, otro con la primera, y un contrato matri-

monial en vigor, lo que le acarrea, en cualquier caso, ciertas obligaciones como padre de familia, no puede hacer oídos sordos a la llamada de la guerra. Está por encima de los gritos de la pareja y la camada. Por suerte para él, en el mismo lugar en el que atiende a ese grito de guerra que le reclama, puede atender también al otro grito, al de la carne. Y para más suerte, se puede decir que en la capital del mundo, Madrid, Ernest Hemingway vive bien.⁴

Cuando todavía no han transcurrido dos semanas desde su llegada, goza de unos privilegios que dejarían tuerto al menos envidioso de los mortales. Para empezar, tiene en su amigo torero Sidney Franklin a una especie de secretario. Parece ser que ha sido el propio escritor quien lo ha convencido para volver España.

Sidney es el que provee de comida, vehículos y combustible, además de ocuparse de copiar a máquina las crónicas del jefe y hasta, cosa no poco frecuente, de llevarlas en propia mano a la oficina de la censura, en el edificio de Telefónica. Más aún, el torero oye las novedades de la calle, recoge rumores y se los cuenta al periodista. Para terminar, es el propio torero el que prepara la comida de ambos, que es en el arte en el que otro, desde el tendido, le aplaude con más calor. No se sabe si de vez en cuando no se dejarían caer por el famoso restaurante de Marichu, especializado en cocina vasca. Visto lo visto, no parece que Ernest Hemingway se resistiera a la tentación.

Transcurrido poco tiempo, las noticias de la guerra se tuercen. Ha comenzado la ofensiva de los sublevados contra Euskadi, en lo que ellos llaman el Frente Norte.

4. La descripción más completa de la estancia de Hemingway en Madrid durante aquel tiempo: Nepomuceno, Eric; *Madrid no era una fiesta*; Altanea.

VI

Gernika

No sabemos si siguiendo el tópico de su amor por la cocina vasca, amor bien documentado a través de su correspondencia personal, Ernest Hemingway acudía o no a un restaurante vasco de Madrid, que existió también durante la guerra (sólo nos queda un nombre, Mari-chu, que quizás no sea más que la referencia a su dueña). Sí sabemos, que al escritor le gustaba ir al Miami de la Gran Vía, cuando no iba al Chicote. En este último situó la acción de su relato *Butterfly and the tank*, es decir, *El tanque y la mariposa*. De lo que no cabe duda es de que el corresponsal Ernest Hemingway, tras lo escrito sobre la batalla de Guadalajara, no perdería la oportunidad de hablar con sus protagonistas, entre los que se encontraba el vasco Ortega, uno de los mandos de la Milicia Vasca Antifascista, aunque ésta no hubo tomado parte en la citada batalla. No hay más datos sobre una conexión vasca en Madrid. Pero, sin forzar demasiado la fantasía, podemos imaginar a un Ernest Hemingway siempre curioso, amante de la buena mesa y que tiene

en gran estima a los vascos, interesándose por cómo van las cosas por allí arriba.

Pero en Madrid había más vascos que los de las Milicias Vascas Antifascistas o los compañeros de Jesús Galíndez. En la columna de El Campesino que éste vio subir hacia Sigüenza iba, probablemente, Paco Garai, el internacionalista “cubano”, una persona que tras la guerra cobraría gran importancia en la vida de Ernest Hemingway en Cuba.

Según contó su viuda Jeanette al periodista Alberto Barandiaran cuando estalló la guerra, Paco se fue a defender la República a tiros, extremo éste del que la mujer ya no quiso hablar cuando fui a visitarla. Dando por hecho que lo que contó a Barandiaran fuera cierto, hasta podríamos pensar que Paco se dejaría caer por el Mari-chu cuando se le presentara la ocasión.¹ Un buen momento para explicarle lo que había ocurrido con las fuerzas leales que defendieron Irún. Tras cruzar el puente que une los dos países vascos que Ernest Hemingway conoce, los supervivientes de la batalla se fueron por la espalda de los Pirineos hacia el este. Hasta Aragón y Cataluña. Había vuelto a los frentes de guerra a dar lecciones a los muchachos recién movilizados, que de otra manera no serían más que pura carne de cañón. Ernest Hemingway no podría ocultar su emoción.

– Entre todos detendremos al fascismo, ¡aquí!²

No debió de ser ése el día en el que todos se enteraron del *affaire* entre ambos corresponsales americanos. Porque, sí, allí, en la capital del mundo, Ernest Hemingway sigue adelante con su vida de corresponsal y con la intensa relación con la inteligente, culta y bella Martha Gellhorn, tal y como saldrá a la luz por efecto de las bombas.

Como escribió el periodista Tom Delmer, cierto día de abril una granada reventó la caldera de agua caliente

1. Barandiaran, Alberto; “Gaizkileen Faktoria”, *Euskaldunon Egunkaria*.

2. Una de las frases favoritas de Hemingway durante su estancia en aquella guerra, documentada en varias obras biográficas.

del hotel Florida, y todo el mundo salió en estampida por los pasillos. Ernest Hemingway y Martha Gellhorn salieron juntos, casi desnudos y de la misma habitación. Así es como se descubrió esa batalla.

La otra guerra, la militar, estaba siendo especialmente dura en el Norte. Para el ejército a las órdenes de José Antonio Aguirre, lehendakari, el mayor problema es el abastecimiento de armas. Es difícil comprarlas, y más difícil meterlas en el breve territorio de la República vasca. La política del Comité de No Intervención y el intento de bloqueo de los puertos vascos por parte de navíos de guerra facciosos, apoyados por navíos alemanes, hacen que su entrada en territorio leal sea casi imposible. Pero sin armas, ¿qué guerra queda? No queda otra vía que la de la clandestinidad. La de los Servicios Secretos. Y la del contrabando, porque al final será un contrabandista patriota, Lezo Urreiztieta, quien introduzca las primeras armas, rompiendo el bloqueo que pesaba sobre el Abra de Bizkaia.

En el otro bando las cosas están más claras. Alemanes e italianos se mueven a sus anchas, especialmente en el aire, que dominan casi de cabo a rabo, al menos en el trozo de tierra vasca que queda en manos del Gobierno de Euzkadi. Así, entre finales de marzo y principios de abril bombardean Otxandio y luego Durango corre la misma suerte varias veces. Los bombardeos, sin olvidar los que se llevan a cabo sobre Bilbao, se realizan sobre los cascos urbanos, incluyendo iglesias. La casi totalidad de las víctimas son civiles, incluyendo personas con hábito religioso. Sólo en el mes de abril la aviación nazi-fascista causó 2.436 muertes y 1.606 heridos³.

Precisamente a finales de abril, concretamente el día 25, en domingo, Von Richthofen, Vigón y Valerdi, militares todos ellos del más alto rango, se reunieron en Bur-

3. Todos los datos sobre la guerra en: *La Guerra Civil en Euskal Herria*, Aralar, Andoain 1.999. Los datos sobre muertos y heridos citados aquí están en el tomo VI, pág. 126.

gos, con el fin de analizar la marcha de las operaciones en lo que ellos denominaban el Frente Norte. Al mismo tiempo, Mola y Franco hacían otro tanto en Salamanca. Hablaron del desarrollo de la guerra en toda su extensión, debatiendo sobre las rivalidades evidentes entre carlistas y falangistas, que ponían en una situación comprometida al Régimen recién constituido en el bando rebelde. Pero, ¿quién podía estar al tanto de tales detalles aquel domingo en Gernika?

En la capital de Álava, aquel mismo domingo, los orgullosos pilotos de la Legión Cóndor terminaban una fiesta a las cuatro de la mañana del día siguiente. Algunos habían venido desde Burgos, mientras otros tenían su cuartel en la misma Gasteiz-Vitoria. La fiesta tuvo lugar en el hotel Frontón, y no faltaron prostitutas, tal y como era costumbre en tales casos. Parece ser que la fiesta se repitió veinticuatro horas más tarde. Cuando ya habían destruido Gernika y escrito los correspondientes informes.

Aquella noche en Gernika no hubo necesidad de candiles para ver los cadáveres. Los abejorros, en alemán *Heinkel*, habían encendido una hoguera espeluznante. Pero ni todos los candiles del mundo hubieran podido alumbrar los cadáveres que yacían bajo los escombros. Según dejó escrito el arquitecto de la villa, Castor Uriarte, los bomberos actuaron con celeridad y precisión, salvando tanto a personas como edificios, entre ellos la iglesia de Santa María. Aun con todo aquel esfuerzo realizado lo peor estaba por llegar. Muchas de las bombas incendiarias lanzadas sobre la villa que no habían hecho explosión en su momento comenzaron a estallar. Murieron al menos 1.645 personas, entre ellas muchos niños.

Para cuando las noticias procedentes de Gernika llegaron a Bilbao ya había caído la noche. Una noche larga, aquella del 26 de abril de 1937. La primera decisión del Gobierno legítimo fue la de poner los hechos en conocimiento de los corresponsales de prensa extranjera, pensando que así hasta los declarados como más

pro-fascistas se pondrían de su lado. El primero en escuchar la noticia parece que fue el australiano Noel Monks.

Tal y como el mismo Monks cuenta en su libro *Eye-witness –Testigo ocular–*, un funcionario entró en el comedor en el que se encontraba, y gritó, llorando: «Han quemado Gernika, han sido los alemanes».

«Eran aproximadamente la nueve y media de la noche. El capitán Roberts (sic) dio un puñetazo en la mesa, ¡hijos de puta! Cinco minutos más tarde estábamos en una *limousine* junto a Mendiguren –encargado de prensa del Gobierno Vasco– corriendo hacia Gernika. Serían las diez y media cuando vimos las llamas de Gernika tocando el cielo. A medida que nos acercábamos íbamos viendo más hombres, mujeres y niños en los bordes de la carretera, todos ellos aturridos. En medio de un grupo de gente vimos a un sacerdote».⁴

Monks no dice quién podía ser aquel sacerdote. Tampoco tenía por qué saberlo. Había muchos en Euskal Herria, también en el bando de la República. Pudo ser Andrés Untzain, pero tampoco tenía por qué serlo. Un sacerdote en Gernika, eso es todo. Por lo demás, lo más importante era salir de allí cuanto antes. Los fascistas estaban avanzando a la carrera.

Cuando el 29 de aquel mes los fascistas hicieron su entrada en la villa, las llamas exteriores se habían apagado. En los corazones de las gentes el fuego era otro. Y seguiría vivo, para siempre. Seguiría vivo para George L. Steer, que estuvo aquella noche en Gernika e informó al mundo de lo que pasó, tanto a través de su famoso telegrama de primera hora desde Gernika, como en su libro *The tree of Gernika –El Árbol de Gernika–*.⁵ Y aquel fuego que-

4. Monks, Noel; *Eyewitness*; Londn; páginas 93 y siguientes.

5. *El Árbol de Gernika* ha sido editado tres veces en castellano. La edición más reciente es la de Txalaparta, del 2003, con prólogo de Paul Preston. Una biografía exhaustiva de George L. Steer es la de Nicolas Rankin, *Telegram from Gernika*; Faber and Faber, London, 2003. Una visión resumida de su vida en: Jiménez, Edorta; George L. Steer, *Gernikan izan zen kazetaria*, Txalaparta, 2004.

dó también en el corazón de gentes como Andrés Untzain, el futuro *mánager espiritual* de Ernest Hemingway.

El 16 de enero de 1924 Andrés Untzain había sido nombrado ecónomo de Kanala, pedanía de Sukarrieta situada a la orilla izquierda de la ría, a apenas media docena de kilómetros de Gernika. Allí permaneció hasta bien entrada la guerra. En el entreacto, parece que especialmente en los años de la Segunda República, el sacerdote participó en mítines del PNV, y de hecho tenía el carné del partido. Lo de los mítines lo recuerda su sobrino Teodoro Untzain, que afirma que solía coincidir con Polixene Trabadua, una mujer que hizo historia en Euskadi y en el exilio posterior a la guerra.

Al comenzar la guerra, Andrés Untzain debió de seguir en su puesto de ecónomo de Kanala. Aunque como cuenta Bittor Iza, que ya ha pasado de los ochenta, fue el propio Andrés Untzain el que les animó, a él y a otro joven de Kanala, a entrar en la Ertzantza, cuerpo de Policía fundado por el Gobierno Vasco, una vez constituido éste en octubre de 1936. Este dato indica lo implicado que estuvo el ecónomo en la defensa de la legalidad. Hasta que el 10 de marzo de 1937 el diario *Euzkadi* publicaba lo siguiente:

«Don Andrés Untzain e Irala es el nuevo capellán designado para la compañía Aitzol».

La implicación ya era total, de manera que no andan errados los biógrafos de Hemingway que sitúan a Untzain en un batallón de *Gunner Machine*, en plural, ya que el Saseta era precisamente un batallón de ametralladoras. Este batallón fue la unidad con más potencia de fuego del ejército de Euskadi. Se constituyó precisamente en marzo de 1937, por lo que Andrés Untzain formó parte de él desde el primer momento, aunque era un batallón con preponderancia guipuzcoana. Su compañía, la Aitzol –sobrenombre del sacerdote fusilado por los fascistas, mentor de la cultura vasca e ideólogo del nacionalismo–, era la segunda, siendo la primera la compañía Beti Aurrera, la tercera la San Marcial y la cuarta la Zarragoi-

tia. El nombre del batallón era un homenaje al comandante nacionalista Cándido Saseta, muerto en febrero de aquel año en la ofensiva contra Oviedo, y considerado un símbolo por los gudarís. El Saseta, al que más tarde se añadió una quinta compañía, actuó dividido en todos los sectores del frente, con el fin de apoyar a los batallones de infantería.

Volviendo a los biógrafos de Ernest Hemingway, los datos que ofrecen sobre Andrés Untzain son bastante discutibles. El ejemplo más claro lo tenemos en el que fue amigo del escritor A. E. Hochtner.

«El Padre Don Andrés, conocido como *Black Priest*, se encontraba en la Catedral de Bilbao cuando estalló la guerra y subiéndose al púlpito gritó que quien tuviera armas las tomara y que llenaran las calles, dispararan a quien pudieran, en lugar de quedarse allí rezando. Luego entró como tirador de ametralladora en el ejército republicano. Por supuesto que al terminar la guerra tuvo que huir de España». ⁶

Por qué vericuetos se coló esa versión de las hazañas de Andrés Untzain, es algo que no sabemos, pero en ella se siente una de las pulsiones de Hemingway: su admiración por todo aquel que hubiera tomado parte en una guerra, disparando al enemigo. Algo que él nunca hizo. Sin olvidar la tendencia del escritor, comentada por su propio hijo Gregory en su impagable libro de memorias, *Papá*, al mezclar la realidad y la ficción más acá de la literatura, en el relato de los hechos de la vida cotidiana, cuando tales hechos se alejaban un tanto en el tiempo.

No hay duda de que Andrés Untzain estuvo en el Saseta, aunque es difícil determinar si estuvo en Gernika el día del bombardeo. Se sabe que una compañía del Saseta sí estuvo aquel día bajo el fuego nazi-fascista. Y hasta podríamos pensar que se trató de la compañía Za-

6. Hochtner, A. E.; *Papa Hemingway*, 19.

rragoitia, tal y como se deduce de la siguiente anécdota, publicada en el diario *Euzkadi* el 23 de abril, a sólo tres días del bombardeo.

«El gudari Javier Echaniz Astigarraga de la compañía Zarragoitia, del batallón Saseta, reta a los gudarís y no gudarís a levantar la piedra, que sea cúbica y de 125 kilos, en dos tiempos de cinco minutos. Está dispuesto a jugarse hasta 500 pesetas. Si alguien acepta que avise al cuartel de Guernica».

A partir de aquí está más que claro que Andrés Untzain tuvo información de primera mano sobre aquella trágica tarde que pasó a la historia de la humanidad como la del primer bombardeo masivo de población civil indefensa. Y si, por un casual, ese día estuvo descansando en Kanala, lo que no es de descartar conociendo las costumbres del ejército Vasco, tan apegado a su propio hogar, difícilmente hubiera podido tener una atalaya mejor desde la que observar el paso de los aviones, primero, y el fuego de Gernika, después. Si aquel hombre estuvo en Kanala por la tarde, a la noche ya estaría en Gernika.

Lejos, muy lejos de la realidad queda lo que Hochtner escribió en su libro. Pero hay más. Andrés Untzain fue, sigue siendo, una leyenda. Al menos en su comarca de Urdaibai. Así, cuando la periodista Mari Feli Maizkurrena entrevistó para la revista *Bilbao* a Lucía Regina Soltura, rica y culta mujer recientemente fallecida, que tenía casa en Kanala –todavía se ve allí, se llama Patmos–, contó lo siguiente:

«A Hemingway también lo traté, gracias al cura de Canala –sin duda se refiere a Andrés Untzain–, que, cuando la guerra, al llegar los nacionales, pasó a nado la ría y se fue a Biarritz, de donde marchó a Cuba».⁷

Para cuando pude entrevistar personalmente a Lucía Regina sus recuerdos estaban ya enredados en la tela

7. Citado en *Hemingway y Urdaibai*, Urdaibai Txatxi, Basauri, 2001, página 100.

de la edad. Sin duda conoció a Hemingway, a quien Untzain debió de recomendar que visitara su país natal. Pero lo que el sacerdote cruzó la ría a nado no se sostiene. Las tropas sublevadas pasaron por Kanala a finales de abril de 1937. Pensar que Untzain entonces desertara de su unidad era conocerlo muy poco.

Las leyendas tienen sus leyes, y la de Untzain se ajusta a una de ellas, a saber, la de atribuir hechos ciertos pero realizados por personas anónimas a otra persona cuyo nombre, legendario, se mantiene vivo. Así, en el mismo Kanala, quizás alguno cruzó a nado la ría para escapar de los fascistas, hecho que luego se atribuye el personaje de la leyenda, en este caso Andrés Untzain. Juan Bidasoa, en el mismo pueblo de Kanala, me cuenta que, en efecto, el sacerdote cruzó la ría, pero en compañía de otra persona y que, una vez llegados a la otra orilla, quemaron la sotana para asar unas chuletas.

De entre todos los testimonios recogidos hay un dato que es verdadero. Andrés Untzain se fue a Cuba, donde tenía una hermana. Y también es verdad que todos los miércoles acudía –no sabemos desde qué fecha– a las tertulias de la Finca Vigía, residencia de Hemingway en San Francisco de Paula, cerca de La Habana, junto a otros vascos.

No debe haber ninguna duda de que, conociendo a los contertulios, el tema de Gernika, su destrucción por parte de la aviación nazi-fascista, la posterior negativa del bando sublevado a reconocer la veracidad de los hechos, atribuyendo la quema de la villa al otro bando, la polémica internacional suscitada por tales hechos y un largo etcétera más, serían comentados y analizados a fondo. No hay más que recordar la enorme afición de Ernest Hemingway por las batallas y las guerras. Aunque los biógrafos de Hemingway no citen jamás el nombre de Gernika. Por lo demás, esa ausencia no es un dato al que haya que dar mayor importancia, dado el cuidado con el que el escritor, tan dado a las mascaradas, manejaba los datos de su vida hasta el mínimo detalle, cons-

ciente de que estaba construyendo en vida su propia leyenda.

Ernest Hemingway tuvo noticia de lo ocurrido en Gernika antes de conocer a los vascos de Cuba. Así, en la revista *Kent*, en el número del 11 de agosto de 1938, publica "A program for U.S. Realism", en el que se pregunta «qué se puede esperar de los salvajes que han bombardeado Gernika». Información sobre los hechos no le debía de faltar ya por entonces.

El legendario fotógrafo Robert Capa, al que Ernest Hemingway conoció durante el año 1937 en Madrid, que lo fotografió y frecuentó e incluso se dice que fue él quien empezó a llamarle *Papá*, estuvo en la batalla del monte Sollube, iniciada pocos días después del bombardeo, tras la caída de la villa. No hay que olvidar que tras su estancia en Bilbao, la primera quincena de mayo de aquel 1937, Capa volvió a Madrid, donde a la sazón se encontraba Ernest Hemingway, corresponsal de guerra.

De hecho, el día del bombardeo Ernest Hemingway y su compañera Martha Gellhorn, ya reconocida amante del escritor y que más tarde se convertiría en su tercera esposa, lo pasaron visitando el frente de Guadarrama. Se debieron de enterar de los hechos nada más volver a Madrid. No hubo, sin embargo, ningún despacho de Ernest Hemingway sobre el acontecimiento más novedoso de la guerra, además de uno de los más importantes y polémicos. Aunque tal vez fue porque, como dice Michael Reynolds para justificar algunos vacíos de su estimado biografiado, «Ernest Hemingway no escribía más que de lo que él mismo había sido testigo». Lo que en ningún modo se ajusta a la realidad, como veremos sobre todo cuando se hable del desembarco de Normandía.

Volviendo al hilo de lo que Ernest Hemingway pudo saber sobre la tragedia de Gernika, conviene recordar también que Noel Monks, uno de los periodistas que, como ya ha quedado dicho, estuvo aquella noche en Gernika, era por aquel entonces el marido de Mary Wells, la

que iba a ser la cuarta esposa de Ernest Hemingway, una vez que éste se casara y rompiera con Martha.

Monks, Capa, Thomas, Gellhorn, eran muchos los que en el entorno de Ernest Hemingway se debían saber de memoria lo ocurrido en Gernika. Además de que en la biblioteca de Finca Vigía se conserva un ejemplar de la primera edición del libro de George L. Steer *The tree of Gernika*. Y si no, allí estaba Andrés Untzain para contárselo a quien quisiera oírle.

VII

Los requetés arrodillados en Gernika

El 29 de abril los sublevados entran en Gernika, donde el viejo Árbol está a punto de convertirse en leña. Los fascistas, probablemente los falangistas, han ordenado que de su leña se saquen tres cruces. Menos mal que la noticia llega a tiempo a oídos carlistas. Se lo contaría años más tarde el mismo Jaime del Burgo a Jon Bilbao. Luego, en febrero de 1948, este último escribiría a Telesforo de Monzón, a su domicilio de Sara, que el navarro Jaime del Burgo vio el bombardeo de Gernika en compañía de Mola.

«Me habló Del Burgo de haber presenciado el mismo el bombardeo de Gernika y de la impresión que este bombardeo había hecho en Mola, quien era ignorante de lo que los alemanes planeaban. Este del Burgo fue de los primeros en entrar en Gernika y la misma tarde de su entrada uno de sus requetés le anunció que algunos falangistas trataban de tirar el Árbol a hachazos. Del Burgo reunió entonces a sus requetés e hizo guardia aquella noche. Efectivamente los falangistas llegaron ar-

mados con hachas, pero tuvieron que retirarse ante la paliza de los requetés». ¹

Del Burgo sabía de qué hablaba. La citada guardia fue consensuada y fotografiada al día siguiente: un requeté y un falangista, con sendos fusiles, montando guardia, a ambos lados de lo que para muchos era entonces, aunque ahora lo hayan olvidado, el símbolo supremo de la foralidad.

Si hemos de creer el testimonio del teniente Ciganda, los navarros acudieron a postrarse ante el Santo Árbol de Gernika.

«Una rápida visita a Guernica nos muestra —escribe Ciganda en su diario, según cita Emilio Herrera Alonso en *Los mil días del Tercio de Navarra* ²— los efectos de la guerra en una masiva destrucción de sus edificaciones. Nos dirigimos como buenos navarros-fueristas a reverenciar la tradición en el Árbol de Guernica y en la Casa de Juntas, que milagrosamente aparecen intactos. Abrazamos al capitán del vizcaíno tercio de Begoña, el navarro Jaime del Burgo, e intercambiamos unos tragos de nuestras botas, que contienen un vino de Mañeru recién llegado, de 18 grados, con sus requetés, que hacen guardia fusil en mano y bombas de piñas colgando de sus cartucheras, custodiando tan precioso tesoro para los carlistas. Defendamos a Dios, a la Patria, los Fueros y el Rey».

El rey no llegaría hasta 39 años después, una vez muerto Franco, cumpliendo lo que el vencedor de la guerra planeó para su sucesión. De hecho, si alguna esperanza tuvieron los carlistas en que tras la victoria en la guerra Franco iba a repescar al rey Alfonso XIII, o a algunos de sus herederos, tal esperanza era infundada. Según anota el conde Ciano el 11 de marzo en su diario, ³ «Franco se ha expresado en términos claramente anti-

1. Museo del Nacionalismo.

2. *Los mil días del Tercio de Navarra*, páginas 91-92.

3. Ciano, pag. 263.

monárquicos y ha declarado que aunque la restauración monárquica podría llegar algún día, sería “cuestión de muchos años” el que lo hiciera».

Desde el punto de vista de los carlistas sublevados, la cosa tiene su guasa. Por qué se sublevaron y a dónde llegaron. A guardia personal del que iba a aplazar el retorno de la monarquía cuarenta años, y además rompiendo la ley de sucesión. En este sentido es interesante la obra *En la Primera de Navarra*, de Javier Nagore Yáñez.

Para empezar, Javier Nagore Yáñez cita a un tal Lojendio, del que copia que «enseguida, conforme se avanzaba por la vereda, se descubrían los indicios típicos de la residencia del Generalísimo: la Guardia Civil de Marruecos, los moros de la Mezjanía. Bajo los árboles una gran bandera española y el banderín de la Sección de escolta». Y a renglón seguido añade, esta vez sin citar a ningún otro, que «esta Sección de escolta personal fue siempre, hasta la muerte del Jefe del Estado –cuarenta años después–, de requetés navarros. Durante casi todo el tiempo de la guerra estuvo a su frente el capitán de requetés Juanito Villanueva, fiel y leal como nadie, auténtico navarro español, hombre sereno, valiente, tranquilo, uno de los autores y ejecutores del alzamiento en Navarra, con Antonio de Lizarza, Jaime del Burgo, José Luis Los Arcos; todos, luego, actores en la lucha armada».

Mientras tanto, y como en aquella entrevista que mantuvieron en 1948 Jaime del Burgo, uno de los cabecillas del alzamiento, y Jon Bilbao, según éste luego escribe a Monzón, el requeté rebelde no se arrepiente de nada. Escribe Jon Bilbao:

«Ahora bien, si fuera necesario volver a levantarse contra el régimen inconsciente de antes del 36, volverían a hacerlo y el carlismo volvería a arrastrar a las gentes como en aquellos años. Pues el carlismo no es para ellos (cuando digo ellos, o carlistas en general, me refiero siempre a Jaime del Burgo, único con quien tuve largas conversaciones) un movimiento de tipo político, social o dinástico. El carlismo es una fuerza espiritual y especial-

mente emocional que lleva en sí toda una serie de tradiciones y emociones navarras. La prueba que esta emoción es aún fuerte lo demuestra el levantamiento carlista de 1936, al que acudieron en algunos casos tres generaciones dentro de una misma familia.

Según del Burgo esta sublevación se preparó en 1934. En este año él y otros compañeros fueron enviados por los carlistas a Italia, a una escuela militar. Se presentaron allí como cadetes peruanos. Sólo Mussolini y Ciano conocían su verdadera personalidad. Cuando volvieron hicieron maniobras militares, a veces hasta dos mil hombres en diversos despoblados de Navarra.

El 18 de julio se reunieron todos en la plaza del Castillo y de allí salieron inmediatamente a los frentes. No quedó atrás ningún carlista. Los que quedaron fueron los falangistas («vividores» y «emboscados») que fueron los culpables de los asesinatos cometidos mientras los carlistas estaban en los frentes. El mismo del Burgo, al volver a Pamplona en uno de sus permisos, tuvo que ir a la cárcel a sacar a unos cuantos (entre ellos a un juez nacionalista que en tiempos de la República le había condenado a él y a quien me señaló en el café donde estábamos).

Volviendo al hilo del relato del bombardeo y los días posteriores la mismo, el terror tomó vuelo, y desde las ramas del viejo árbol se extendió a todos los rincones. Además de falangistas y requetés, llegaron Flechas Negras, fascistas italianos, y Regulares, lo que el pueblo llamaba «moros». Nuestra abuela, que vio pasar los aviones aquella tarde frente a Mundaka lo recordó hasta su muerte. De hecho, en el puerto de Mundaka se organizó inmediatamente un sistema de evacuación por mar, utilizando las lanchas pesqueras del lugar.